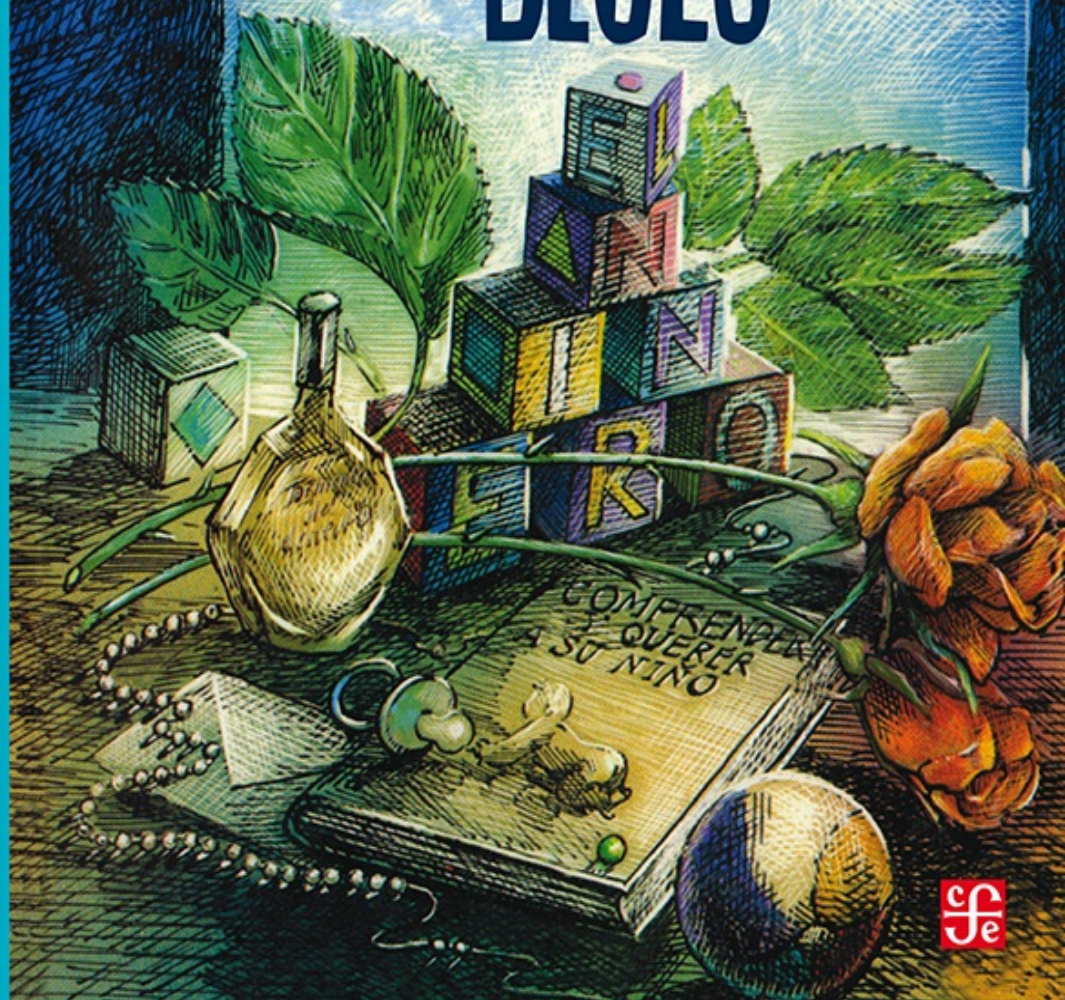


MARIE-AUDE MURAIL
ILUSTRADO POR TANIA JANCO

BABY-SITTER BLUES



BABY-SITTER BLUES

*A LA
ORILLA
DEL VIENTO*



BABY-SITTER BLUES

MARIE-AUDE MURAIL



ilustrado por
TANIA JANCO

traducido por
RAFAEL SEGOVIA ALBÁN



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1988
Primera edición en español, 1999
Sexta reimpresión, 2014
Primera edición electrónica, 2015

Editor: Daniel Goldin
Diseño: Joaquín Sierra Escalante
Dirección artística: Mauricio Gómez Morin
Diseño de portada: Fabiano Durand

© 1988, Marie-Aude Murail
Publicado por l'écôle des loisirs, París
Título original: *Baby-sitter blues*

D. R. © 1999, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios y sugerencias:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5449-1871

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-2641-7 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Para Benjamin

Índice

Mi estreno como niñoero

Quiero dos

Salvando a alguien

Tendré cuatro

Necesito dinero (como de costumbre)

Conociendo el corazón humano

Mi amorcito

Soy muy fuerte

No tan fuerte como parece

Mi estreno como niñoero

Cuando vi la PC de Javier Rico, supe que yo quería una igual.

—¿Y qué más? —dijo mi madre.

—Pues, juegos para computadora. Rico tiene una colección completa de golpes y patadas.

—¡Qué listo!

—Y además esa PC sólo es de Rico, porque tienen otra para el resto de la familia —recalqué.

—Mira, cuando uno se apellida “Rico”, está predestinado. De seguro su carriola era marca Rolls Royce, ¿no?

—¡Qué lista! —dije yo ahora.

Mi madre se esforzaba más de lo necesario en la cocina tratando de meter una charola de lasaña en el horno de microondas. Ya sé que le pongo los nervios de punta con mis reclamos constantes. Pero con sólo quince euros de mesada, yo tengo el salario mínimo de la escuela.

—Hay que tener en cuenta la inflación —agregué después, cuando mamá me dio la espalda.

Ella se volvió lentamente. A veces, cuando siento que está enojada, no sé por qué retrocedo un poco, y eso que ya no soy ningún niñoero. Incluso casi tenemos la misma estatura.

—Si tanto necesitas el dinero —me dijo con suavidad—, ¿por qué no comienzas a ganarlo?

—¡No, gracias! Diez centavos por tirar la basura. ¿Quién crees

que soy?

—Un niño feo.

—Y tú te debes creer muy bonita...

Nos miramos frente a frente y nos echamos a reír porque, en lo que se refiere a belleza, francamente estamos empatados. Así nos llevamos mi mamá y yo. Nos ponemos histéricos, nos gritamos, y volvemos a empezar. Todo el mundo teme que pase lo peor: la lluvia de insultos, el charco de sangre, el par de bofetadas. Pero acabamos siempre riéndonos.

—Haz lo mismo que Martina María —me sugirió mamá—, ella cuida niños.

Martina María es la ahijada de mamá. Digamos que es un ángel bajado del cielo. Tarde o temprano le van a salir alas.

—¿Tú crees que haya *niñeros*?

Mi madre me contestó en tono apremiante:

—Si no los hay, ¿por qué no los pones tú de moda?



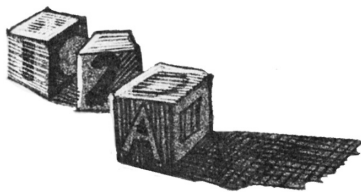
Justamente, mi mamá trabaja en la moda. Siempre está o-cu-pa-dí-si-ma. Yo, por mi parte, decidí no estar a la moda. Así tengo todo mi tiempo para mí.

Un *niñero* en Montigny (donde vivo yo) gana cinco euros por hora. Una PC como la de Rico cuesta ochocientos noventa y nueve euros. Entonces, si divido ochocientos noventa y nueve euros entre cinco, tengo que tras ciento ochenta horas de cuidar niños podré comprarme mi PC. Si tenemos en cuenta que no puedo cuidar niños los lunes porque voy al cine-club, que el miércoles es víspera del jueves y que ese día tengo que levantarme temprano, que los sábados mi mamá quiere verme y que los domingos cada dos semanas tengo competencia de voleibol, podré jugar *Street Fighter* cuando me jubile.

—Si tú te ganas cuatrocientos euros por tu cuenta —dijo mamá—, yo pagaré el resto.

—Así pues, cuatrocientos entre cinco, da ochenta horas. Si puedo cuidar niños, digamos ocho horas por semana, ¿en cuántas semanas...?

—¡Deja ya en paz esa calculadora! —dijo mamá exasperada—, y llama a Martina María. Ella tiene muchos clientes.



Así fue como empezó todo.

Me estrené como *niñero* en casa de la señora Jacqueline Grumo. Su figura se estiró cuando me vio frente a la puerta de su

departamento.

—¿Tú... vienes tú de parte de Martina María?

Con una seña modesta indiqué que sí.

—¿Son parientes?

Sentí que le daría confianza que Martina María y yo fuéramos primos. Ser el primo de un ángel como ella es en sí una referencia.

—¡Ah! —dijo extrañada la señora Grumo—. No sabía que la mamá de Martina María tuviera una hermana.

—Una hermana gemela —precisé, para su completa satisfacción.

—Ya decía yo que te pareces mucho a Martina María. Pasa, por favor.

La señora Jacqueline Grumo tenía dos hijas: Ana Sofía (siete años) y Ana Laura (cinco años).

—Se acuestan a las ocho y media —me explicó su mamá—, hay que dejar prendida la luz de la lámpara de Ana Sofía, y Ana Laura necesita un vaso de agua cerca de su cama. Te dejo los teléfonos de urgencias, de la policía, de los bomberos, de las ambulancias y del centro de prevención de envenenamientos.

Tuve la impresión de que la señora Grumo no se sentía totalmente confiada.

—Señora, no se preocupe —dije en tono profesional—; estoy acostumbrado.

—¿Cuidas niños con frecuencia? —me preguntó la señora Grumo, relajándose visiblemente.

Bueno, echemos una pequeña mentira, la última.

—Cuido muy seguido a Ludovico.

—¿Ludovico?

—Es mi primo. Tiene cuatro años.

La señora Grumo estaba encantada. Se había topado con el campeón del mundo, en todas las categorías, en cuidado de niños.

Sus hijas tenían visiblemente un aire de no estar tan contentas. Ana Sofía me miró de arriba abajo:

—¿Tú nos vas a cuidar?

Ana Laura se echó a llorar:

—¡Yo no quiero! ¡Quiero a Martina María! ¡Buaaah!

Si hay algo que no puedo soportar, es un chamaco que llora.

—Bueno, ¡cállate! ¡Que te calles!

La sacudí un poco para que se callara. Se puso a berrear.

—¡Eres malo! ¡Quiero a mi mamá!

Miré los números de teléfono que la señora Grumo me había dejado. ¿A quién debía recurrir, a los bomberos o al centro de prevención de envenenamientos? De pronto se me ocurrió una idea:

—Si no te callas —amenacé—, llamaré a la policía. Tu mamá me dio el teléfono.

—No te creo —gruñó Ana Laura, impresionada.

¡Uf! La crisis había pasado.

—¡Y ahora, a la cama! —anuncié alegremente.

—¿Y el cuento? —dijo Ana Sofía en tono de insurrección.

—¿Qué cuento?

—Martina María siempre nos cuenta un cuento. Es la historia de un conejito verde que perdió a sus papás.

—Se llama Perlín el Conejín —agregó Ana Laura.

—Nada de eso —dije yo—, conozco esa historia. El conejo se llama Ranflanflán de los Zacates. Tiene un enemigo mortal llamado Tartampión Ojos de Plato. Y no tiene caso que Ranflanflán busque a sus papás porque se fueron de vacaciones al Club Med.

—¿Pero van a volver? —preguntó Ana Laura, preocupada.

—Al final de la semana, en el tren de las 12:07 —respondí—. Si nunca has visto un conejo bronceado, puedes esperarlos en la estación.

—Y Tartampión Ojos de Plato, ¿es malo? —me preguntó Ana Sofía.

—Muy malo —contesté.

—¿Tan malo como qué?

—¡Malo como un lobo, como un ogro, como treinta y seis mil brujas! ¡Ja, ja, ja!

Fue así como, a las diez de la noche, yo seguía contando historias sobre el tonto de Ranflanflán y su enemigo a muerte.

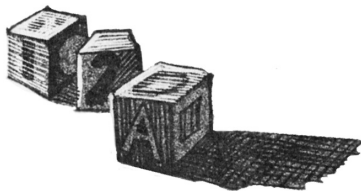
—¿Conoces otros cuentos de Ranflanflán? —masculló Ana Laura casi dormida.

—Trescientos mil.

—Nos los vas a contar todos, ¿verdad?

—Todos.

Apenas tuve tiempo de prometerme a mí mismo que nunca sería papá de nadie, y me dormí sobre la alfombra.



La señora Jacqueline Grumo no tardó en recomendarme con todas sus amigas, gracias a lo contentas que sus hijas estuvieron conmigo. Fue así como, en mi segunda noche de niño, toqué a la puerta de la señora Durieux. ¿A quién cuidaría esta vez? Una joven vino a abrir la puerta.

—Soy el niño —dije para anunciarme—. Quisiera ver a la señora Durieux.

La joven me miró con los ojos muy abiertos.

—Pues, soy yo.

—¿De veras? La confundí con su hija.

La señora Durieux se echó a reír de una forma un poco tonta. Seguramente nunca le darían un premio Nobel.

—Iré al cine con mi marido —me dijo mientras tomaba su bolso. Estaba por cerrar la puerta cuando le pregunté.

—Pero... ¿dónde están los niños?

—¿Anthony? —exclamó la señora Durieux—. Oh, está dormido. A los seis meses, se duerme todo el tiempo.

—¿Ah sí? ¿Y el teléfono de los bomberos, el de urgencias, todo eso...?

La pobre señora Durieux abría la boca tanto como sus ojos. En realidad no entendía de qué le hablaba.

—Tengo el número de los taxis azules —dijo al fin, no encontrando nada mejor que decir.

—Ya es algo —le contesté—, podré tomar un taxi para avisarle a los bomberos si la casa se quema.

En los ojos de la señora Durieux brilló un destello de inteligencia:

—¡Eres un bromista! —exclamó—. Discúlpame, se me está haciendo tarde.

Y, ¡pam!, me cerró la puerta en la nariz.

“Claro que soy un bromista —pensé al entrar en la sala—, cuando uno es feo y ha olvidado lo que es tener un padre, más vale que sepa divertir a todo el mundo.”

Miré a mi alrededor. ¡Vaya desorden! Muebles por doquier, sillones tan feos como sapos gordos, flores de tela y de plástico, un leño artificial en la chimenea con una luz roja para que pareciera que había brasas... ¡puaaah! Me dejé caer sobre el sofá.

—Bueno, por lo menos hay televisión —dije en voz alta para levantarme la moral.

Al menos no habrá Ranflanflán en el programa de esta noche. Apreté el botón de la tele. Transmitían el partido Francia-Bélgica. Era mejor que nada. A los diez minutos —iban todavía cero a cero— me pareció oír un ruidito en la habitación del fondo.

—Debo estar equivocado —dije entre dientes.

Pero el ruidito se confirmó y se convirtió bruscamente en un ruido muy, muy fuerte. ¡El bebé estaba dando de alaridos! De un

salto me puse de pie. El niño debía estar ahogándose con la almohada en la boca. Sí, sí, ya ha sucedido. Corrí hasta la recámara, encendí la luz, saqué al bebé de su cuna. Primero lo sacudí y luego lo puse boca abajo, por si las dudas. Cuando lo puse de nuevo boca arriba ya no lloraba: me miraba con los ojos y la boca abiertos de par en par.

—¿Cómo te va, camarada? —le pregunté, temblando todavía.

Y entonces, nueva catástrofe. Se echó a llorar otra vez. Estuve a punto de volverlo a poner en su cuna y salir huyendo. Pero de pronto me vino una idea. ¡Para dormir a los bebés les cantan canciones de cuna!

—Veamos, una canción de cuna —murmuré, al tiempo que sacudía al bebé—. A ver... Ah, sí, la que me cantaba mamá.

Al parecer (mi memoria es muy imprecisa en lo que respecta a ese periodo, me veo obligado a fiarme de los testigos); al parecer, pues, cuando tenía dos meses nunca podía dormirme por la noche. Me daban unos cólicos terribles. Yo personalmente no me acuerdo de nada. Pero mi madre me aseguró que me cantaba por horas esta poética cancioncita de cuna:

¿Quién ha visto

hecho nudo

al pequeño gusanito?

¿Quién ha visto hecho nudo

al gusanito desnudo?

Por demás está decirles que no existen respuestas para estas preguntas.

Así que caminé en círculos durante diez minutos preguntándome con voz melodiosa si alguien no habría visto a un gusanito. En vano. Al bebé lo tenían absolutamente sin cuidado los gusanitos, desnudos o

de traje y corbata. Seguía dando alaridos. ¿Qué hacer? Entonces, nuevo hallazgo genial: los taxis azules. Javier Rico me contó que de pequeño, cuando no podía dormirse, su papá lo ponía en un moisés y, ¡zuum!, sobre el asiento trasero del auto. Diez kilómetros después, Javier estaba dormido.

—¿Bueno, taxis azules?

Cinco minutos después, el chofer me preguntaba:

—¿Adónde lo llevo?

—Dele la vuelta a la manzana hasta que se duerma el niño —le ordené, mientras me instalaba en la parte trasera.

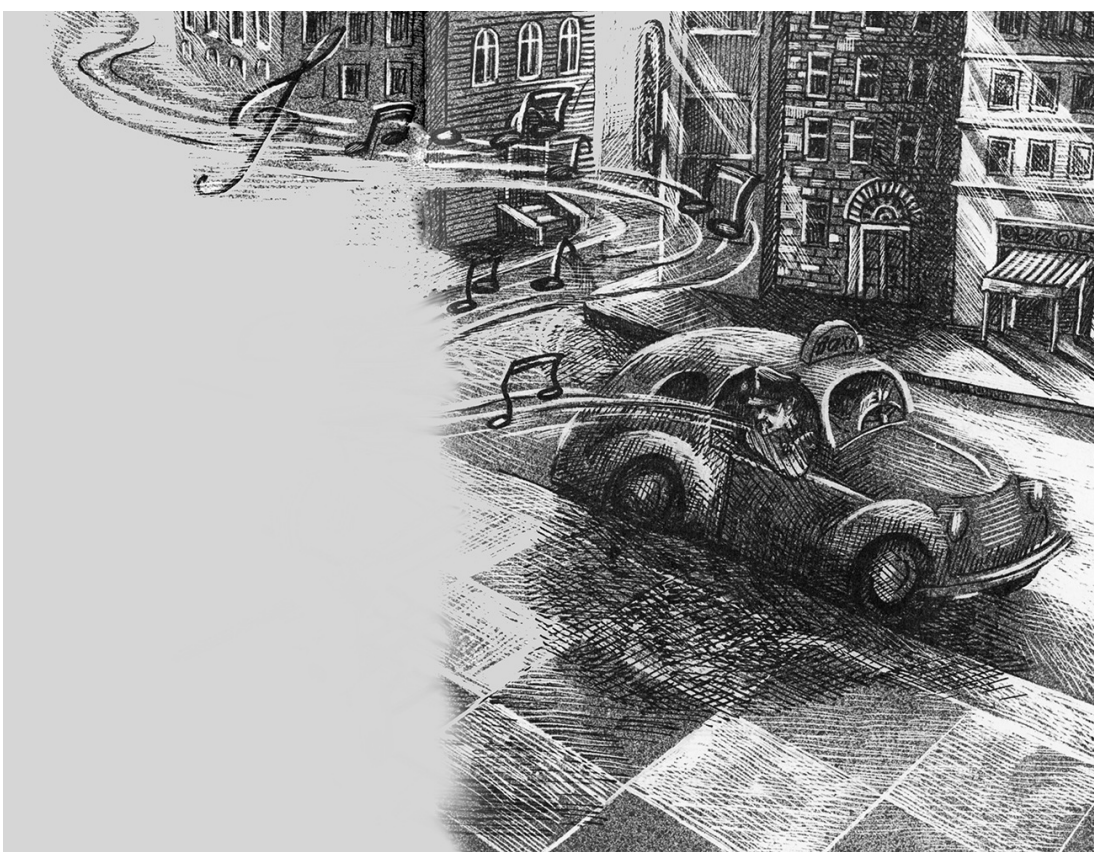
Pensé que gritaría: “¡Qué atrevimiento, bájese inmediatamente!” Pero para nada. Él también tenía una hija que nunca quería dormirse por la noche. Su papá era el único que la convencía.

—Y además tenía que cantarle una canción —me confesó.

—¿La del gusanito? —pregunté con interés.

—No, no. La mía era... —y se puso a cantar:

*La otra noche, porón pompón,
por la avenida, porón pompón,
dos comadres peleaban, porón pompón,
a golpes de escoba, porón pompón,
la policía, porón pompón,
siempre vigila, porón pompón,
mandó poner carteles, porón pompón,
carteles que decían, porón pompón,
la otra noche, porón pompón,
por la avenida, porón pompón...*



Si un día tengo hijos, les cantaré la canción del chofer del taxi. Anthony se durmió casi de inmediato. Pensándolo bien, me pregunto si no fue para no oír más al taxista, que desafinaba mucho.

—Es bonito tu hermanito —me dijo el chofer deteniéndose frente a la casa de la señora Durieux.

—No es mi hermano —dije mirando a Anthony.

Es cierto que se veía muy bonito, apretadito contra mí.

—Es mi primo —decidí decirle.

La señora Durieux no entendió muy bien por qué le pedí quince euros por cuidar al niño y diez por el taxi. Pero pagó. Ni siquiera le conté que Anthony se había despertado. Había ido a ver una película

de Alain Delon. No hablaba de otra cosa.

—Era guapo cuando joven —me decía mientras me acompañaba a la puerta—, pero me parece que su hijo es todavía más guapo.

—¿Anthony Delon? —pregunté.

—¡Sí, me encanta! Por eso le puse a mi hijo Anthony.

—Y si Alain Delon le hubiera puesto Hipólito a su hijo, ¿qué hubiera hecho?

Me miró con ojos asombrados. La conversación se estaba volviendo demasiado intelectual para ella.

—¡Buenas noches, señora Durieux!

—¡Buenas noches, eeh... señor!

Ella no sabía si yo tenía catorce o sesenta y cinco años. A veces, yo también me lo pregunto.

Quiero dos

El primer miércoles del mes es el día de Martina María. Mamá invita a su ahijada a comer y le hace la plática. “Sí, Martina María sigue practicando danza moderna; no, no va a repetir año; sí, se va a ir a Alemania para aprender la lengua.” ¡Es a-pa-sio-nan-te! Pero por primera vez tuve ganas de platicar con Martina María.

—¿Te ha tocado cuidar al bebé Anthony Durieux? —le pregunté.

Martina María movió la cabeza.

—¿Sabes por qué lloran los bebés, así nada más, de repente? —volví a preguntar.

—Les duele el estómago —intervino mamá.

—¿O los dientes? —sugirió Martina María.

—Un ruido que los asusta —agregó mamá.

—También porque tienen hambre.

—O sed.

—O porque están mojados.

—Entonces les da frío.

—O tienen demasiadas cobijas...

—Tienen pesadillas.

Yo estaba descorazonado. ¡Pobre de Anthony! La vida no es para él más que una sucesión de calamidades. Decidí informarme sobre qué les pasa a los bebés. Estoy seguro de que se puede hacer algo por ellos.

Así pues, fui a la biblioteca. La bibliotecaria estaba llenando unas

fichas.

—¿Dónde puedo encontrar un libro sobre bebés? —le pregunté.

—¿Sobre cómo se hacen los bebés, eso quieres? —me preguntó la bibliotecaria, frunciendo el ceño.

—No, eso ya lo sé. Estoy buscando un libro donde diga por qué lloran los bebés...

—¿Tu mamá te envía? —me preguntó la bibliotecaria, con el ceño cada vez más fruncido.

—No, mi hermano —contesté—. Todo marcha bien con su hijo mayor, Ludovico, pero tiene un problema con el pequeño Anthony.

—Conozco a un pequeño Anthony —dijo ella sonriendo al fin—. Me lo encuentro en el supermercado. Anthony Durieux.

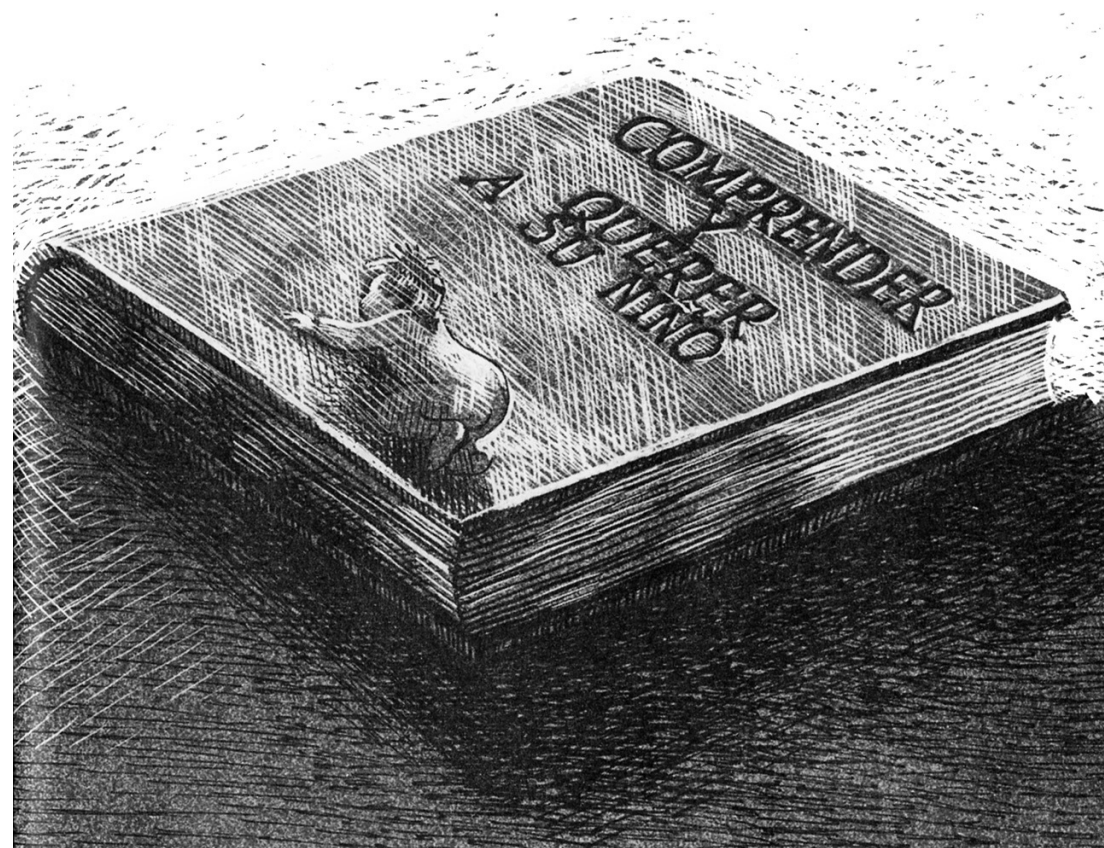
—¿Es él! —exclamé tontamente.

—Ah, ¿así que eres hermano del señor Durieux?

—Eeeeh, pues... sí —admití, un poco contra mi voluntad.

Mi situación familiar se hacía cada vez más enredada. La mamá de Martina María era la hermana gemela de mi madre y el padre de Ludovico y de Anthony, que eran mis primos, era nada menos que el señor Durieux. Por lo tanto, el señor Durieux era el hermano de mi madre y tío de Martina María.

—Echa un vistazo en la sección Psicología —me aconsejó la bibliotecaria—; seguramente encontrarás algo.



En la sección Psicología encontré *sos niños golpeados, Esos adolescentes difíciles, Todo se determina antes de los seis meses, Cómo enseñar a leer a un niño de pecho, El fracaso escolar: ¿por qué?* Nada me llamaba la atención. Por último vi un pequeño libro con lomo rosa: *Cómo comprender y querer a su niño*.

—¿Vas a llevarte ése? —me preguntó la bibliotecaria con un guiño de complicidad.

—Parece que está bien.

—Cuando vea a la señora Durieux en el supermercado, le preguntaré qué le pareció a su marido.

¡Ay, ay, ay!

—No. Será mejor que no se lo mencione —dije precipitadamente.

—¿Ah, sí?, y ¿por qué?

Rápido, rápido, Dios mío, inspírame una mentira, una pequeñita, la última, lo prometo.

—En realidad, mi hermano lo quiere para ayudar a una hermana de su mujer que no quiere que se sepa que tiene problemas con su hija menor, Ana Laura...

—¡Ay, qué curioso! Precisamente conozco a una Ana Laura —exclamó la bibliotecaria interrumpiéndome—: se trata de Ana Laura Grumo.

—¡Es ella! —exclamé, aún más tontamente que la vez anterior.

—Mira, mira, no sabía que la señora Grumo fuera la hermana de la señora Durieux...

—El mundo es muy pequeño —señalé.

“¡Estoy enloqueciendo totalmente con mis historias de familia! —pensé, mientras corría hasta el estacionamiento para bicicletas—. Debería haber llevado *Esos adolescentes difíciles*. Seguramente allí hay un estudio sobre mi caso.”

En cuanto a Anthony, entendí su caso al leer el libro con lomo rosa. Su mamá no lo quiere.

—¿No te parece que exageras un poquito? —me preguntó mamá.

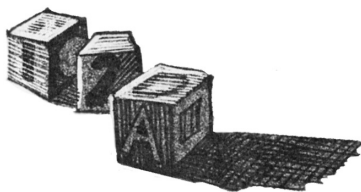
—¡Te lo juro! No piensa más que en los artistas, en las películas, en salir.

—Quiere a su hijo, pero es demasiado joven. Necesita divertirse.

A mí también me faltaba madurez cuando naciste tú. Si no hubiera sido así, me hubiera quedado con tu papá.

—Olvídalo —contesté.

Mi papá es cosa del pasado. Parece ser que tengo la nariz igualita a la suya. ¿Y eso qué?



La señora Jacqueline Grumo le dio mi número a la señora Aziz.

—¿Tienes experiencia con niños de cinco, seis años? —me preguntó por teléfono.

—¡Claro, es mi especialidad!

—¿Y los niños de siete, ocho años?

—Ésos son los que prefiero.

La señora Aziz hizo una pausa:

—Es que, verás: Martín, mi hijo mayor, a veces es muy... desobediente. Hay que alzarle la voz.

—No hay problema —dije, carraspeando, por si hubiera necesidad de elevar la voz inmediatamente.

—Y Axel, el que le sigue, es bastante... travieso. A veces, la única solución son las nalgadas.

Escuchándola por el teléfono, empecé a desanimarme. Pero el pensar en mi PC me infundió valor.

—No hay problema —repetí.

La señora Aziz olvidó mencionar que yo era el décimo niñoero al que recurría desde principios de ese año.

Desde el primer momento en que uno ve a Martín Aziz (de siete años y medio), sabe que va a decir “no”; lo trae escrito en su frente estrecha. Cuando uno ve a Axel Aziz (de cinco años y medio), sabe que toda la noche se la va a pasar canturreando: “A que no me agarras, buuu, no me agarras, buuu...”; se puede leer en sus ojos

azul acero.

—Anden, pórtense bien, mis amores —dijo la señora Aziz dándoles un beso.

El señor Aziz esperaba, de pie junto a la puerta, leyendo el *Tiempo Libre* con la nariz sumida en la revista. Era la imagen viva de la autoridad paterna... en su punto más débil.

En cuanto los papás cerraron la puerta tras ellos, me crucé de brazos con aire de capataz y dije:

—Bueno, ¿ya se lavaron los dientes?

—No —me contestó Martín.

—¡Bueno, entonces vayan a lavárselos!

—No —repitió Martín.

Me volví a mirar a Axel. Se fue hacia el pasillo entonando:

—No me alcanzas, buuu... a que no me alcanzas.

En ese mismo momento decidí cambiar de estrategia.

—¿Han oído hablar de Ranflanflán de los Zacates?

—¿Quién es ese tonto? —preguntó Martín, interesado a su pesar.

—Es un conejo verde que no quiere hacer nunca lo que le piden —le dije—. Sus papás ya están tan hartos que se fueron sin él al Club Med.

Axel se acercó preocupado, con el pulgar metido en la boca.

—¿Y entonces? —me interrogó Martín.

—Y entonces... ¿qué le va a pasar a Ranflanflán sin sus papás?

Axel se sacó el dedo de la boca:

—Le va a hablar al niñoero —dijo con gravedad, y se volvió a meter el dedo en la boca.

—Eso es —dije en tono aprobatorio—: va a venir el niñoero. ¿Y qué van a hacer Ranflanflán y el niñoero para pasar el rato? Pues... van a ir a lavarse los dientes.

—No —protestó Martín.

—¡No! —repuse yo también—. Ellos tienen una idea mejor: van a ir a acostarse.

—No —protestó de nuevo Martín.

—No, tampoco —aprobé nuevamente, cada vez más desesperado.

Axel se sacó el pulgar de la boca:

—Ellos van a jugar a los *cabaítos*.

Así que sacamos los “cabaítos” de su caja. Axel tenía una suerte increíble. Sus dados marcaban siempre seises o cincos. Sus caballos galopaban, mientras que los de Martín se quedaban resoplando en el establo.

—No es justo —dijo rabiando Martín.

Llegó un momento en que Axel incluso sacó a uno de los caballos de Martín. Estalló el drama:

—¡No se vale! ¡Estás haciendo trampa...!

—No, no *e'toy* haciendo *t'ampa*. ¡Tú no *sabe'pe'der!*

Y todo fue tirar los dados y aplastar la caja y jalarse de los pelos y caerle a los puños al otro...

—¡Niños! ¡Cálmense! —grité a voz en cuello, al tiempo que trataba de separarlos y recibía en recompensa todas las patadas imaginables.



Al fin volvió la calma, interrumpida por los sollozos de Axel.

—No está bien que se peleen —les dije con tono conciliador—.

Entre hermanos no hay que pelear nunca.

—Martín es malo —declaró Axel sorbiéndose la nariz.

—Y tú eres una torta aplastada —contestó Martín.

—Piensen en Ranflanflán —dije entonces con voz solemne.

—¿Qué pasa con ese tonto? —me preguntó Martín con arrogancia.

—No tiene hermanos —les expliqué—, y ahora que su papá se fue, está solito...

Los niños me miraron.

—¿Estás triste? —me preguntó Martín.

—No, no estoy triste. Pero es muy agradable tener un hermano.

Axel y Martín fueron a lavarse los dientes. Luego me dieron un beso y se fueron a acostar. Los chiquitos Aziz son simpatiquísimos. Quiero tener dos así cuando sea grande. Eso es lo que les dije a sus padres. Creí que el señor Aziz me propondría que me los llevara de una vez. Pero no. Miró a su mujer con una gran sonrisa:

—Es cierto que nuestros hijos son muy buenos —dijo lleno de orgullo.

La señora Aziz me dio veinte euros. ¡Se acerca el día en que Ranflanflán podrá comprarse su PC!

Salvando a alguien

A fuerza de leer y releer *Cómo comprender y querer a su niño*, acabé por entender que la señora Durieux quería a su pequeño. A su manera.

—Es decir, mal —le expliqué a mi madre.

—¿Y tú qué sabes? —me contestó mamá.

—No juega con él. No le habla más que para decirle: “es hora de que se duerma el bebé”. Ese niño no recibe suficiente estímulo intelectual... ¡No veo de qué te ríes!

Me pone de malas el hecho de que cuando hablo en serio, los adultos se rían. Y cuando soy yo el que ríe, claro, me dicen: “pórtate serio”.

Tuve muchas oportunidades de ver a Anthony, porque sus papás salían con frecuencia.

—¿Es normal que no tenga pelo? —le pregunté a la señora Durieux.

—Le va a salir dentro de poco.

—¿Es normal que no se pueda sentar?

—Va a poder dentro de poco.

—¿Es normal que nunca diga nada?

—¿Y qué quieres que diga?

Cada una de mis preguntas dejaba a la señora Durieux más perpleja que la anterior. A fuerza de leer y releer mi libro, tuve la certeza de que un niño de la edad de Anthony debía decir “tatata” o “bababa”, y que debía tratar de ponerse erguido. Anthony no era otra

cosa que un paquete de pañales. Yo pensaba: “¿Y si Anthony estuviera sordo? ¿Y si fuera débil mental? ¿Y si tuviera invalidez motriz?”

Ese pensamiento me daba vueltas y más vueltas en la cabeza. No me atrevía a hablarle del tema a la señora Durieux. Así que inicié algunos experimentos por mi cuenta.

En cuanto la señora Durieux salía del brazo de su marido, yo despertaba a Anthony. Después de tres veces, ya no tuve necesidad de zarandearlo: me esperaba.

—¡Qué tal, camarada!

Anthony me sonreía y agitaba sus piernitas como un ciclista de carreras. En lenguaje de bebé, eso quería decir que estaba contento de verme. Conclusión: ¡sí era inteligente!

Para comenzar la sesión, yo hacía todo tipo de ruidos extraños con un cascabel, un silbato o una caja que hace “muuu” cuando la volteas. Anthony buscaba de dónde venía el ruido. Conclusión: no estaba sordo.

—Siguiente paso del programa, camarada: un poco de gimnasia.

Levantaba a Anthony de su colchón y lo apoyaba sobre una silla. Al principio, caía sentado como un trapo. Pero poco a poco quiso mantenerse erguido, aferrándose a la silla. Conclusión: no era inválido.

Le hice un informe de mis diferentes tentativas a la señora Durieux.

—¿Por qué te interesan tanto los bebés? —me preguntó ella.

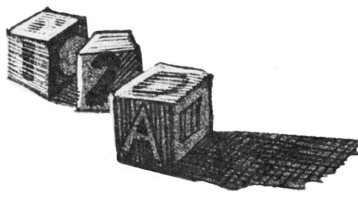
Para acrecentar mi prestigio, era necesaria una pequeña mentira. Juré que era la última.

—¿Conoce usted al doctor Grumo? —le dije.

—¿El marido de la señora Grumo?

—Sí, es pediatra. Es mi tío. Yo voy a estudiar medicina cuando sea grande, y voy a ser su sucesor.

—¡Ah, ya entiendo! —exclamó la señora Durieux, llena de admiración.



Un martes, entré en una tienda del centro comercial, decidido a comprar un regalito para Anthony, pero estuve a punto de salirme cuando descubrí al fondo a la señora Aziz en persona. Me sonrió, un poco turbada. Estaba escogiendo un vestido, un vestido amplio, sobre todo de la cintura. ¡Maldición! Un tercer pequeñito Aziz a quien cuidar... ¿Estarían muy contentos con los dos primeros?

—¿Y tú qué deseas, chico? —me preguntó la vendedora, mirándome de arriba abajo con cierta condescendencia.

—Estoy buscando un muñeco de peluche para mi primito.

—Te dejo escoger —me dijo a regañadientes.

Había allí, amontonados sobre las repisas, manadas de changos con colas multicolores, elefantes azul turquesa, gatos que hacen “mia-miauu”, jirafas que hacen “puf-puf”, gusanos que hacen bizco, canguros chiquitos en la bolsa de sus mamás, un labrador tan enorme como uno de verdad y cerros de ositos como para hundir un témpano de hielo. Sentía que me oprimían el corazón, los quería todos.

—¿Ya elegiste alguno? —me preguntó la vendedora, con su tono altanero, mirando con insistencia mis bolsillos (por si acaso hubiera robado un elefante).

Fue entonces cuando realmente me enamoré. No de la vendedora: de un conejito. Era verde y tenía las orejas un poco caídas. ¡Mi conejo!

—Creo que voy a decidirme por un Ranflanflán —dije en tono muy natural.

—¿Un ran... qué?

Es el colmo: dizque venden juguetes para niños y ni siquiera saben que un Ranflanflán es un conejo verde que perdió a sus papás.

El martes por la noche, con mi Ranflanflán en la mano, entré a gatas en el cuarto de Anthony para que no me viera llegar. Y cuando estuve cerca de la cama, agité mi conejo verde frente a su rostro:

—¡Hola, cabezón! Soy Ranflanflán de los Zacates —dije, con una voz fingida.

Esperaba muchas posibles reacciones: un sobresalto, gritos, pero nunca esperé que Anthony se echara a reír a carcajadas, con una carcajada dos veces más grande que él. Nunca en su vida se había reído. ¡Un punto a favor de Ranflanflán! Esa misma noche, Anthony me hizo también un regalo.

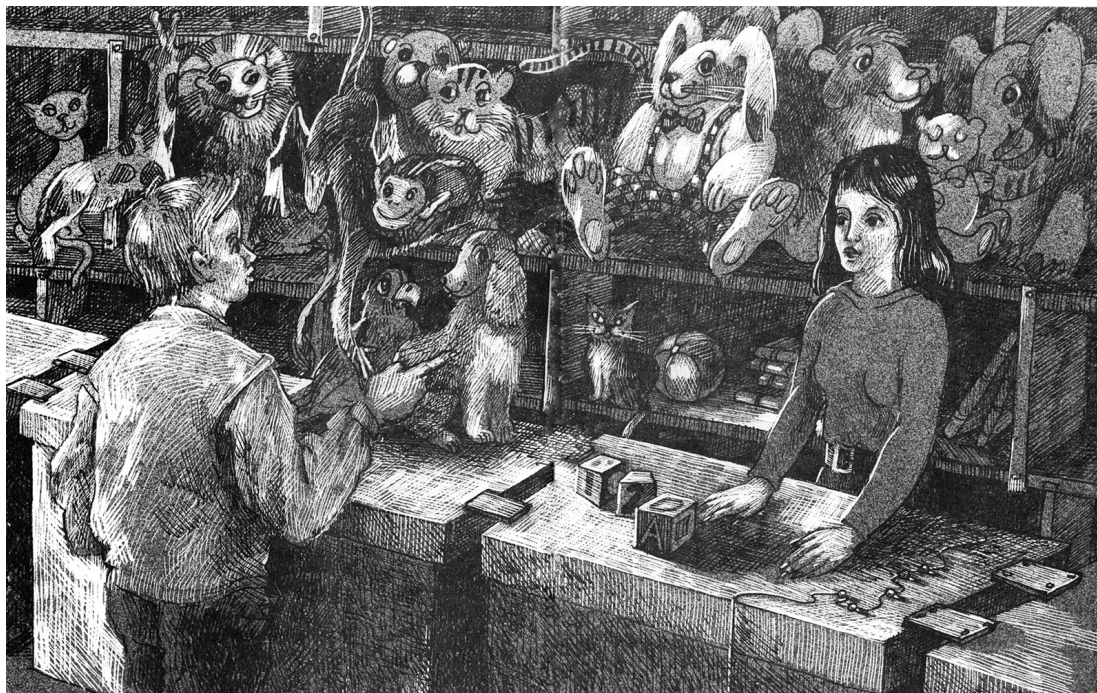
—¿Qué cree? —le dije a la señora Durieux cuando volvió del cine—. Anthony habla...

—¿Y qué fue lo que dijo? —exclamó ella.

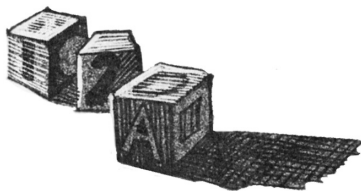
Tenía tal confianza en mi capacidad como cuidador de niños que seguramente esperaba que Anthony le recitara *La cigarra y la hormiga*.

—Dice “dadada” y “gueguegue” —le expliqué—; eso es lo que dicen los bebés de siete meses por lo general. Pero más adelante se compondrá.

—Voy a escribírselo a mamá —me dijo muy contenta la señora Durieux.



La señora Durieux me contó un poco sobre su vida. Había dejado a su madre, a sus hermanos y a sus amigas en Sarreguemines. Su marido no había encontrado trabajo en su tierra. Por eso se instalaron en Montigny. La señora Durieux se deprimía con frecuencia, y su marido se preocupaba porque no estaba seguro de poder conservar su empleo. Estaban despidiendo a mucha gente. Entonces, para olvidarse de todo eso, iban al cine porque es gratis.



—No sé qué le pasa hoy a Anthony —me dijo la señora Durieux el martes siguiente—, no quiere comer, se pone histérico...

—Son los dientes —le dije, con aire serenamente profesional.

El señor y la señora Durieux se fueron muy pronto. Estaban retrasados. Fui a la recámara de Anthony. En efecto, lloraba.

—¡Qué tal camarada! Soy Ranflanflán, tu niño de chocolate.

Anthony me miró sin sonreír.

—Ésos no son modos, amigo mío. ¿Qué está mal?

Anthony se echó a llorar. Estaba pálido, realmente pálido. Había algo extraño en su mirada. De pronto su rostro se crispó con violencia y aulló.

—Son cólicos —murmuré—, yo he pasado por eso, mi amigo. Se te pasará pronto.

Esta noche no podríamos jugar con Ranflanflán. Fui a la cocina. Cuando estoy preocupado, no puedo evitarlo, me da por comer. Mientras comía, seguía escuchando. Anthony gemía. Se me ocurrió que tal vez estaba realmente enfermo.

Regresé junto a su cuna. El dolor lo obligaba a hacerse ovillo, como un recién nacido. Me miró y leí en sus ojos “¡socorro!”, tan claro como si me lo hubiera dicho. Un gran escalofrío me recorrió la espalda hasta el nacimiento del cabello. La muerte.

—¡Socorro! —grité yo esta vez.

No, que no cunda el pánico. Conserva tu sangre fría. ¿Qué hay que hacer? Reflexiona... Ya sé:

—¿Señora Grumo? Sí, soy el niño. Estoy en casa de la señora Durieux. ¿Está su esposo?... ¿Está dormido? Es que quiero hablar con él. Acerca de Anthony. Le duele el estómago.

—Como a todos los bebés. No voy a despertar a mi marido por tan poca cosa. Arrúllelo.

—Pero es que...

Ya había colgado.

Corrí junto a la cama de Anthony. Aullaba sin cesar. Sentí que me inundaba una calma helada. La vida de Anthony estaba en mis manos. Lo sabía.



Con paso firme entré en la habitación de la señora Durieux. Su libro de puericultura estaba encima de la mesita de noche. Busqué en “gritos”, en el léxico médico. Las palabras empezaron a danzar frente a mis ojos: “gritos agudos, dolor violento... debe ser un aviso... no come, aullidos seguidos de momentos de calma, la crisis se precipita... pierde sangre, urgencia quirúrgica”. El libro era muy claro: sólo había un diagnóstico posible.

Descolgué el teléfono:

—¿Señora Grumo? Sí, soy yo otra vez. Si no me pasa a su marido, le pesará una muerte sobre la conciencia.

La violencia de mi voz la hizo obedecer de inmediato.

—¿Sí, doctor Grumo? Es por Anthony Durieux. Se trata de una “invaginación intestinal aguda”.

Hubo un corto silencio pasmado del otro lado de la línea.

—Voy para allá.

Esperé cinco minutos, cinco horribles minutos.

—¡Aguanta, Anthony! ¡Resiste, camarada! Ya viene el doctor. No te voy a soltar la mano, ¿ves?

Al fin, tocaron a la puerta.

—Es por allá, ¡rápido!

El doctor se inclinó sobre la camita. En tres movimientos, desvistió a Anthony.

—Está sangrando, llama una ambulancia. Nos lo llevamos.

Conocía de memoria todos los números que me había dado la señora Grumo. Llamé a una ambulancia. Pero hubo que esperar todavía cinco minutos más. Los gritos de Anthony. Luego la ambulancia. “¡Por aquí, rápido! Sí, al quirófano. Ya esperamos demasiado.”

Se fueron. “Pin pon, pin pon, pin pon.” Silencio. Finalmente sonó el timbre. Los Durieux. Me había olvidado de ellos.

—De veras Marilyn Monroe era muy sexy —empezó a decir eufóricamente la señora Durieux.

—Por favor —dije con voz suplicante—, por favor...

En una fracción de segundo, realmente no sé de qué manera, la señora Durieux entendió todo.

—¡Anthony!

Y corrió hasta la habitación vacía.

Los tres fuimos al hospital. Ya no hablábamos. Al final del camino, estaba Anthony. La muerte o la vida.

—¿Son ustedes los papás del niño? Siéntense —dijo la enfermera—, el doctor viene para acá. Se le hizo una operación. Todo está bien.

Esa enfermera era un ángel. Por cierto, se parecía a Martina María. El doctor Grumo se reunió con nosotros, sonriente. Tomó mi mano entre las suyas y dijo:

—Lo que te sucedió esta noche seguramente no te sucederá dos veces en la vida: salvaste a alguien.

—Sí, me volverá a suceder —dije con voz trémula—, porque

voy a ser médico.

Mi madre se hubiera sorprendido al escuchar eso. Apenas el día anterior hablaba de ser un gran reportero.

—Fue una suerte que su sobrino estuviera ahí —le dijo la señora Durieux al doctor.

—¿Mi sobrino? Querrá usted decir el hermano de su marido...

¡Ay, ay, ay!

—Mi marido no tiene hermanos, doctor.

Yo ya había desaparecido.

Tendré cuatro

En el centro comercial, caminaba en círculos como fiera enjaulada. Era el primer miércoles del mes y esperaba a Martina María, la ahijada de mamá. Mientras miraba las vitrinas, pensaba: “Todo está bien”. Cuando todo está bien, no dudo en hacérmelo saber. No soy supersticioso.

En efecto, todo iba bien. Mi aventura con Anthony había circulado por todo Montigny. Yo era el único niñoero confiable en el medio. Javier Rico me apodó el Rambo de las guarderías. En junio tenía ya un capital de trescientos diez euros. Sólo un pequeño esfuerzo más y tendría la *PC in ze pocket*.

Mientras esperaba a Martina María, miraba las vitrinas de los almacenes. Acababa de llegar a la conclusión de que un par de tenis Nike Air era asunto de vida o muerte, cuando me detuve bruscamente frente a un bate de beisbol. “Absolutamente indispensable”, pensé (puesto que ya había comprado la manopla). Pero tres pasos más adelante, me pareció que una cachucha con visera “dúo”, con radio y audífonos integrados, era un artículo de primera necesidad. Por cierto, Javier Rico tenía una así.

—¿Qué tal! —me saludó Martina María—. ¿Ya viste los *walkman*?

—No, te estaba esperando. ¿Cuánto traes?

—Treinta y cinco.

—Puse cara de decepción. Por ese precio, encontraría algo simplemente audible, no más.

Entramos en la tienda.

—Me gusta gastar el dinero cuando yo misma lo he ganado —me confesó Martina María—; y tú, ¿vas a dejar de cuidar niños cuando tengas tu PC?

—Eeeh... no... no lo sé —mascullé.

¿Cómo iba a confesarle que me gustaba cuidar mocosos?

—Me gustaría después comprarme una impresora —dije muy satisfecho por mi idea.

—¡Vas a tener que cuidar niños durante horas y horas! —dijo Martina María.

—¡Pues sí! —suspiré con aire consternado.

Sin embargo, me hubiera gustado poder explicarle eso a alguien. Me había formado una especie de familia al hacer mis guardias. Tenía dos hermanas: Ana Laura y Ana Sofía, dos hermanos: Axel y Martín, y estaba esperando que naciera el benjamín de los Aziz. La señora Durieux o el doctor Grumo también contaban. En sus casas me sentía como en mi propia casa. Pero lo más importante era Anthony. Desde que le salvé la vida, era realmente mi hermanito.

—Te va a parecer curioso —dijo entonces Martina María—, pero me gusta cuidar niños.

—¿Ah, sí? —dije con falso aire de sorpresa.

—Lo que me encanta es ocuparme de los bebés. El otro día, paseaba a la pequeñita Melody y me encontré con Julia Rico.

—¿La hermana de Javier?

—Sí... Le hice creer que Melody era mi hermanita. ¿Es una tontería, verdad?

—Baaah... ¡Mira los *walkman*!

Pero no había manera de hacer que Martina María se callara cuando tomaba vuelo.

—Voy a tener una familia numerosa cuando sea grande.

—Yo también —dije de manera imprudente.

—¿Ah, sí? ¿Y cuántos hijos quieres tener?

—Eeeh... cuatro.

—Eso es buenísimo... ¡Yo también quiero tener cuatro!

Miré a Martina María. Ahora estoy seguro de algo: los ángeles se sonrojan como todo el mundo.

Compramos el *walkman*, una baratija fabricada en Hong Kong de treinta y cinco euros, y volvimos a salir de la tienda.

—Quisiera hacerte una pregunta, Martina María.

—¿Sí?

—¿Soy *verdaderamente* feo?

—A mí no me *pareces* feo.

En definitiva, todo iba por buen camino.

Como de costumbre, ese martes fui a casa de la señora Durieux. Iba pensando en cosas raras. Pensaba en un médico que se casaba con un ángel y que tenía cuatro hijos, todos igual de pelones que Anthony. En pocas palabras, pensaba en mí y era como tener ante mí un camino con un solo letrero: El porvenir.

Cuando llegué a casa de la señora Durieux, la encontré sentada en la sala. No se veía apurada por alcanzar a su marido.

—No vamos a salir esta noche —me dijo.

—¿Anthony está enfermo?

—No, está bien.

Por cierto que lo oía balbucear “dadadá” y dar pataditas a los barrotos de su cuna. Me senté despacio. Algo andaba mal. Algo ya no andaba bien. Este planeta no puede girar en armonía por mucho tiempo.

—Nos vamos de aquí —dijo la señora Durieux.

—¿Se van de aquí? —repetí yo, sin entender.

—No quería decírtelo sin antes estar segura. Mi marido se quedó sin trabajo y, además, no nos gusta este lugar.

—Se van —pronuncié nuevamente, negándome a entender.

—Yo sé que te entristece por Anthony —agregó la señora

Durieux, comprensiva—; a mí también me entristece.

Sacó su pañuelo. Pero no se trataba de ponernos a llorar, pensé.

—¿Y cuándo se van? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Nos mudamos el sábado.

—¿Adónde irán?

Una sonrisa iluminó el rostro desconsolado de la señora

Durieux.

—A Sarreguemines. Cerca de la casa de mi madre.

Antes de continuar, debo explicarles algo: la señora Durieux tiene dieciocho años.

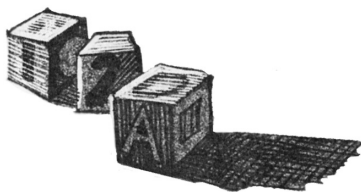
—¿Quieres despedirte de Anthony? —me propuso.

Asentí con la cabeza y me puse de pie. Ella intentó seguirme.

—No, yo voy solo.

Llegué hasta el cuarto de Anthony. Me esperaba con impaciencia detrás de la puerta cerrada. Si entraba, si le hablaba, me abriría los brazos y me llamaría a su manera: “min, min, min”. Me faltó valor. Apoyé la cabeza contra la puerta y murmuré:

—¡Adiós, Anthony!



Volví a mi casa en bici, dando un gran rodeo bajo la luz de las estrellas. Este mundo a veces es cruel. “¡Qué tonto eres! —pensaba mientras pedaleaba como loco—. ¡Qué tonto eres!”



Esa noche lo entendí, lo entendí de verdad. Me había inventado una familia para nada. Yo no contaba para la señora Durieux ni para el doctor Grumo. Era el niñoero y punto. Pero a fin de cuentas, ¿para quién contaba yo?

—¿Tan pronto de vuelta? —dijo mamá, extrañada.

—Sí —respondí con tono lacónico.

—Muy oportuno. Te tengo una sorpresa.

Se metió en su cuarto y volvió empujando un paquete muy grande. Yo sabía lo que era, porque ya casi había ganado mis cuatrocientos euros. Si hubiera ocurrido el día anterior, habría pegado un brinco de alegría.

—¿No lo abres? —preguntó mamá con inquietud.

—Sí, sí...

Desempaqué la PC. Era igual a la de Rico.

—¿No es la marca adecuada? —me interrogó mamá.

—Sí, sí...

—¿No te gusta?

En su voz se sentía aflorar el enojo.

—Sí... pero no es eso lo que quería.

Mi madre estalló:

—¿Quieres volverme loca o qué? ¿Crees que para mí es muy fácil conseguir quinientos euros? ¿Qué quieres ahora? ¿Una cámara de video, un celular, un...?

—Un hermano —dije.

La frase cayó como balde de agua fría pero ya la había dicho. Lo que yo quería no se encuentra en un Elektra. Alcé la vista y miré a mamá. Nunca tuve un hermano, y nunca lo iba a tener.

—Un hermano —murmuró mamá.

Sí, un hermano, un hermano que me llegara al hombro o que me sacara una cabeza de alto; un hermano al que le pudiera decir: “Estoy

enamorado de Martina María”; un hermano que se hubiera burlado de mí esa noche para impedir que fuera a llorar bajo las estrellas. Porque *no me gusta llorar*.

—¿Te sientes solo? —dijo mamá—. ¿Es eso?

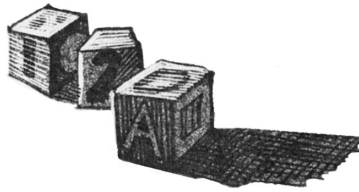
Asentí con la cabeza.

—Acertaste.

—Claro que —dijo mamá balbuceando—; si... si hubiera seguido con tu papá... en vez de...

Puse mi mano sobre su hombro.

—Olvida eso. Son cosas del pasado —luego me reí y añadí—: yo voy a tener muchos hijos para ponerme al corriente. No te preocupes. ¡Tengo mis proyectos!



Después mandé una tarjeta postal a Sarreguemines:

Anthony, mi pequeño camarada, ¡no te dejes abatir!

Es verdad que la vida es dura. Pero cuando alguien te quiere y tú quieres a alguien, la vida es algo súper.

Tu niño de chocolate
Emiliano

Necesito dinero (como de costumbre)

Por lo general, mi madre es soportable. Pero cuando le da por pensar que es “responsable de mí”, empiezan a aparecer los problemas. En una de esas crisis (que suceden generalmente al regreso de vacaciones), mamá decretó que tenía que irme a la cama más temprano.

—¿Ah, sí? Eso sí que es novedad.

—Lo que es novedad —contestó mi madre— es que vas a entrar a tercero de secundaria y que a partir de ahora necesitas un expediente escolar sólido como una roca. Nada del tipo “alumno brillante, cuando no está apagado”.

Eso fue todo lo que se le había ocurrido a mi profesor de matemáticas el año anterior. Mi madre sacó la conclusión de que la televisión era lo que debía quedarse apagado.

—¿Y cómo conseguiré dinero para mis gastos si no puedo cuidar niños por las noches? —me quejé.

—¡Yo te doy dinero para tus gastos!

—¡No me alcanza! —bramé.

Mamá y yo usamos muchos decibeles cuando intercambiamos puntos de vista.

—¡No me interesa discutir contigo!

Eso dice siempre mi madre cuando no tiene ningún argumento racional que oponerme.

—Está bien —repose tranquilamente—, entonces robaré una

casa. Así tendré mi “mesada” para todo el año.

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

—¡Entonces deja de fastidiarme!

Mi madre puso sus lentes sobre el escritorio. Sus manos temblaban de nervios. Con voz desmayada dijo:

—¡Bueno! Alto el fuego. Ven a ayudarme a poner la mesa.

Cuando estuve sentado frente a mi sopa, reinicié las hostilidades.

—¿Puedo cuidar niños los fines de semana?

—¿Y tus tareas? ¿Y tu voleibol?

—¿Eso significa no?

—Significa no.

Me serví pescado congelado, y amenacé:

—Me importa un comino. Voy a planear mi robo. Como soy muy torpe, me agarrarán. Piénsalo: la nota “tres años de cárcel” no se verá muy bien en mi expediente escolar.

—Emiliano —dijo mi madre entre dientes—, eres exasperante... por no decir una palabra más grosera.

Tomé unas papas fritas y añadí:

—Si no fuera por tu rica comida, querida mamita, hace mucho me hubiera escapado de la casa.

Y ¡zas! Llegar a los quince años para recibir tu primera bofetada es algo que no te esperas.

—Eso también es nuevo —dije con voz ahogada.

—¡Estás sangrando!

Se veía más preocupada que yo.

—Fue tu anillo de bodas.

—¿Qué hay con mi anillo de bodas?

—En los dientes. Tu anillo. Me dio en los dientes, ¿no entiendes?

Mamá hizo una mueca:

—Un padre es lo que te haría andar al paso.

—Los ausentes siempre están equivocados —dije mientras me

enjuguaba con mi servilleta—; eso no quiere decir que tengas razón.

—¿Te... te duele?

—Muchísimo.

Mamá se alzó de hombros y sugirió:

—¿Quieres un helado?

—“Helados Holanda para toda la banda.” Dos bolas de vainilla.

Me encontré de nuevo con mi amiga Martina María el siguiente día por la tarde, en el centro comercial de Montigny. Es nuestro punto de reunión. Ahí se puede platicar mientras se observa la inflación en los precios.

—Oye, ¿ya viste el nuevo impuesto? ¡Diez euros más que en junio!

Martina María me observaba desde hacía cinco minutos aunque yo aparentaba no darme cuenta de nada.

—¿Qué tienes ahí? —me dijo al fin.

Acababa de rozar mi mejilla ligeramente amoratada.

—Me compré un búmeran; pero creo que leí mal el instructivo.

Martina María se echó a reír con un suspiro. Es una de sus especialidades: la risa-suspiro.

—Tengo un problema —le dije—. Mi *mother* ya no quiere que cuide niños. Acaba de descubrir que es malo para mi rendimiento escolar. Me acuesto tarde, *and so on...*

—¿Cómo le vas a hacer? ¿Todavía necesitas dinero?

Le eché una mirada agradecida a Martina María: ¡al fin, alguien que me entiende!

—Pues, voy a robar —dije con aire de fatalidad.

—No te hagas el gracioso.

Nunca he querido ser gracioso. Aunque a los demás les parezca.

Caminamos en silencio por un andador. “En silencio” es un decir, porque las bocinas del centro comercial vociferaban: “Lleve una camisa...”

—¿Ya has robado? —me preguntó Martina María.

—Un paquete de chicles, cuando tenía cuatro años. Mi mamá lo devolvió.

—¡No se puede hablar seriamente contigo! —exclamó Martina María—. Yo conozco niños que roban en Plaza Casino. Nada más porque sí, por presumir de algo. Pero el día que los agarren, ¡imagínate la cara que pondrán sus padres!

—Yo no tengo más que una madre. Ya es una cara menos.

—¡Ay, eres insoportable cuando te pones en ese plan!

Martina María estaba realmente furiosa. Algunas veces me sorprende. Se pone hecha una fiera por cualquier cosa. Como dejó de hablar, creí que nos íbamos a despedir en mal plan, cosa que nos sucede una vez sí y otra no.

—¿Y si dieras clases de francés? —dijo de pronto Martina María, súbitamente inspirada.

—¿Clases de francés? ¿Cuándo, dónde, cómo, por qué?

—¡Pues mira!, podrías empezar por los pronombres interrogativos.

Esa noche, frente a mi bistec congelado, reinicié las hostilidades.

—Martina María me dio un buen *tip* para ganar dinero...

Mamá me interrumpió:

—¡Emiliano, no quiero volver a hablar del asunto!

—¡Pero fue Martina María!

—Nada de tonterías, ¿eh? —me advirtió—. No tengo tiempo que perder.

—Sí, ya veo. Ahora tenemos que comer el postre al mismo tiempo que la carne.

—¿Qué dices?

Partí mi filete por la mitad.

—Hay helado en el centro.

Mi madre es la única persona que echa a perder la comida congelada al cocinarla; siempre le sucede. Así que desde hace tres años tengo que comerme las cosas carbonizadas o cristalizadas.

—¿Cuál es el *tip* de Martina María? —preguntó mamá.

—Clases de regularización, dos veces por semana para una niña de cuarto de primaria. Es por las tardes. Pagan doce euros por hora. Ganaría veinticuatro por semana. O sea que por mes...

—Está bien, está bien, yo sé contar —me interrumpió mamá.

—Salvo cuando se trata de alimentos congelados. Cuando dice cinco minutos, no son tres.

Por instinto, alejé mi silla. Una bofetada, pasa. Pero dos... Podría sentir ganas de devolverla. Ahí fue cuando me di cuenta de algo curioso: mamá ya no llevaba su anillo de bodas.

—¿Lo perdiste? —le pregunté.

—No, me lo quité.

—¿Qué hiciste con él?

—¿Te importa?

—Me habías dicho que aún lo llevabas para que tus clientes te dejaran en paz...

Mamá meneó la cabeza con desaprobación:

—Te cuento demasiadas cosas.

Me puse de pie y arrojé mi servilleta sobre la mesa.

—¡Bueno, está bien! ¡Guárdate tus secretitos!

Estaba a punto de salir de la habitación cuando mamá me llamó:

—¡Emiliano!

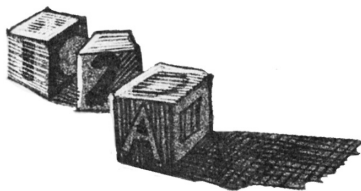
—¿Qué? —ladré.

—Acerca de las clases de regularización, mi respuesta es sí.

Agaché la cabeza.

—Y en cuanto al anillo, me lo quité porque te lastimó.

¿Satisfecho?



Poco después de mi regreso a clases conocí a mi alumna, Fede Fricaire. Su nombre real es Federica Fricaire.

Ese miércoles Fede me esperaba en compañía de su mamá. La señora Fricaire es toda una mujer de sociedad: con dos hileras de perlas y el porte erguido.

—Te voy a enseñar sus cuadernos de cuarto —me dijo.

Estaba repitiendo año y seguía sin ser lo que se dice brillante.

La señora Fricaire dio dos o tres pasitos secos con sus tacones altos y tomó un cuaderno de un altero.

—Aquí está. Mira nada más este dictado.

Le eché una ojeada. “Saselca una tronenta”, rezaba un título prometedor.

La señora Fricaire continuó con su voz cortante:

—Fede cometía entre treinta y cuarenta errores al empezar cuarto grado. Al final, eran menos de diez, menos de quince sobre veinte. Se puede decir que es un progreso.

Fede esperaba que acabáramos de hablar sobre ella. Un observador poco atento hubiera pensado “¡pobre niña!” Pero yo conozco bien el corazón humano. Viendo el pantalón raído de Fede, sus manos llenas de pegamento y de pintura y su mechón de pelo pacientemente masticado, deduje que mi alumna era un espíritu rebelde, propenso por añadidura a los coches para armar. Mientras su madre hablaba, Fede dibujaba carrocerías en una hoja.

—Bueno, pues te dejo apreciar por ti mismo la dimensión del problema.

Con estas palabras la señora Fricaire concluyó su presentación; volvió a poner el cuaderno sobre el montón y luego se alejó haciendo *tip, tap, tip, tap*, con sus tacones altos. El problema en cuestión, un poco más abatido en su silla, estaba corrigiendo el trazo de una defensa. Empezaba a preguntarme si mis buenas calificaciones en redacción del francés justificaban plenamente mi presencia en esa casa.

—Tienes talento para el dibujo —le dije a modo de introducción.

—No me gustan los lamebotas —fue su respuesta.

—Bueno, ¿por qué no hacemos un dictado? —sugerí sin muchas esperanzas.



Para mi gran sorpresa (pues, como dije, me jacto de conocer el corazón humano), Fede tomó una pluma y, mientras la mordía, se puso a esperar.

—Mi bella ardilla —dicté—: mi... be... lla... ar... di... lla.

Eché una ojeada a la hoja de Fede. Había escrito: “Ni pecha ambiya”. Si quería tomarle el pelo a la gente, lo hacía muy bien. Retomé el dictado caminando en círculos, con las manos tras la espalda, tal como siempre he pensado que debe hacer un maestro. Por lo menos así es como se ve en el cine.

—Frufrú, la ardilla... eeh... Frufrú se deletrea: efe, ere, u, efe, ere, u. Frufrú, coma, la ardilla, coma, tiene cola de plumero, punto.

Fede había escrito: “Fiufiú, ladilla, teme gol ade blomedu”.

—¿Así naciste, o te pisaron la cabeza? —pregunté con seriedad.

—Pu’s soy disléxica —fue la respuesta.

—¡Ah, caray! ¿Y eso es contagioso?

La respuesta fue:

—¡Ja, ja!

Me senté frente a Fede Fricaire.

—¿Y entonces, qué hacemos?

—Mi composición —propuso Fede.

—¿Cuál es el tema?

—Es algo totalmente bobo. Espera. Está por aquí.

Buscó en su cuaderno y me lo enseñó. Leí: “Un viejo objeto en un desván se pone a hablar y les cuenta sus recuerdos. Imaginen la escena (mínimo diez renglones)”. Sentí que Fede Fricaire empezaba a arquear la espalda.

—¿Tienes alguna idea? —murmuré con la cabeza entre los puños cerrados.

—Sí.

—¿Cuál?

—Una bacinica.

Fede tenía que entregar su composición en diez días. Le prometí que la redactaríamos juntos el siguiente miércoles. Pero por más que le di vueltas y vueltas en mi cabeza al tema, no se me ocurría nada. ¿Una alacena? Bah. ¿Un baúl? Sin chiste.

—Hay un desván en casa de Amandita —me dijo Martina María—. Si lo visitamos, tal vez se te ocurra alguna idea.

—¿Quién es “Amandita”?

—¡Ya sabes! Te dije que era mi prima.

—Ah, sí! ¿La que le quita los novios a las otras niñas?

—Ésa misma.

Así fue como gracias a la composición de Fede, visité el desván de Amandita. Espero que hayan seguido bien el desarrollo de mi historia hasta este punto, porque aquí es donde se teje el drama.

Conociendo el corazón humano

—Vacío el anaquel mientras yo contestaba el teléfono —decía mi madre furibunda—. No desconfié de él. Era del tipo *playboy* clásico, con sienes plateadas.

—¿Qué te robó? —pregunté.

—Diez piezas de seda pintadas a mano. ¡Lo que había en el anaquel, pues! ¡Estas cosas me ponen furiosa!

—Seguramente era un cleptómano.

—¿Cómo crees? Es toda una red. Saben cómo revender la mercancía. Viven de eso, para que lo sepas.

Asentí con la cabeza y me escabullí a mi cuarto. A veces mi mamá me cansa con todas esas historias de la tienda. Antes trabajaba para una firma de alta costura. Ahora lo hace por su cuenta. Diseña modelos con una amiga, Marta Haller, y luego los vende en una tienda del Barrio Latino. Es supercaro, ultraesnob y apenas nos da para vivir. Pero, eso sí, mi mamá ya no duerme por las noches y cuando le digo algo acentúa sus monólogos haciendo un ruidito así como “sa, sa”. O tal vez sea “se, se”. De cualquier modo, no estimula mucho la plática.

Me puse mi chamarra y me ensarté mis tenis. Mi madre daba vueltas como león enjaulado en su oficina.

—Eeh... Bueno... Me voy —le dije asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Sa, sa.

—Puede ser que no regrese muy temprano porque voy a casa de

la prima de Martina María, y no está muy cerca que digamos.

—Se, se.

Alcé la mirada al cielo y me volví a cerrar la puerta. Apenas bajaba los primeros escalones, cuando oí a mi madre bajar detrás de mí.

—¿Oye, Emiliano, y tu tarea?

—Ayer te dije que la había adelantado para estar libre el domingo. ¿No oyes cuando te hablo?

—¿Adónde vas?

—Pero si...

Hice un ademán de desconsuelo. Y bajé corriendo la escalera, mientras mi madre se desgañitaba.

Martina María me esperaba en el andén del tren suburbano. Vestía falda, zapatos bajos y un broche le sujetaba el pelo. La miré con desconcierto. Nunca la había visto tan emperifollada.

—Hubieras podido arreglarte —me dijo a manera de bienvenida.

—No me pongas de malas. Hoy no estoy de humor.

—A la mamá de Amandita le gusta el tipo jovencito-guapo-peinado-con- raya-de-ladito.

—No voy a pedir la mano de nadie, ¿eh?

Martina María exhaló su risa-suspiro:

—¿Pero qué comiste hoy?

—León congelado.

Cuando vi a Amandita, de inmediato comprendí por qué se había ganado esa reputación. Mi conocimiento del corazón humano (y en este caso preciso del corazón masculino) me llevaba a pensar que Amandita no le robaba realmente los novios a las otras niñas. Iban a ella por sí mismos. Nunca me sentí tan feo como cuando Martina María me presentó con su prima.

—Ah, ¿es tu gran amigo? —dijo Amandita con una sonrisa

absolutamente... Bueno, una sonrisa.

—De tanto oír hablar de ti sin haberte visto, nos preguntábamos si existirías realmente —añadió la mamá de Amandita.

—No me extraña —repliqué—; hay días en los que yo también me hago la misma pregunta.

La mamá de Amandita había preparado un pequeño refrigerio con galletas que ella misma había hecho y té a la vainilla. De veras era demasiado, yo tomando el té con esas damas: “Pásame el azúcar, Emiliano”, “¿Solamente un pastelito?, ¿de verdad?” No sabía dónde poner los codos ni los pies. Mientras se me derramaba el té en el platito pensaba: “Ésta sí es una verdadera mamá. Sus galletas no son congeladas”. Se sentía tal complicidad entre ella y su hija... Debían contárselo todo.

—Por cierto, tía, ¿sería posible visitar el desván? —preguntó Martina María.

¡Cling-clang-cling!... Amandita acababa de tirar su taza de té.

—¡No, no es nada, mamá, déjalo!

—¿El desván? —contestó la mamá de Amandita—; pues... ¿por qué no? ¿Qué quieres hacer en el desván? Nosotros nunca vamos allí, ¿sabes? Puede que haya ratones.

—Ratas, mamá —corrigió Amandita—, y creo que perdimos la llave.

—Tengo una copia —dijo su mamá.

Martina María explicó la razón de su petición. Su tía se puso de pie y fue a buscar la llave. Miré a Amandita, que parecía muy nerviosa. Me hizo señas con la cabeza de que “no”. Alcé las cejas sin comprender.

—¡Aquí está la llave! Amandita los va a acompañar.

—Primero vamos a recoger la mesa, mamá.

Cuando buscaba dónde diablos poner mi taza y mi platito, Amandita se me acercó y me susurró al oído:

—Martina María en el desván, no. Sólo tú.

¡Caray! No se iba con rodeos. Nunca pensé ser tan irresistible.

En el acto, improvisé:

—Oye, Martina María, si vas podrías manchar tu falda en el desván.

—Emiliano tiene razón —asintió la madre de Amandita—, la escalerilla estrecha, la trampilla... No es nada cómodo.

Cinco minutos después Amandita y yo estábamos en el desván. Solos. Yo llevaba una lámpara de pilas, porque la luz del día no entraba más que por un pequeño tragaluz. Iba a encenderla, pero sentí la mano de Amandita apretando la mía.

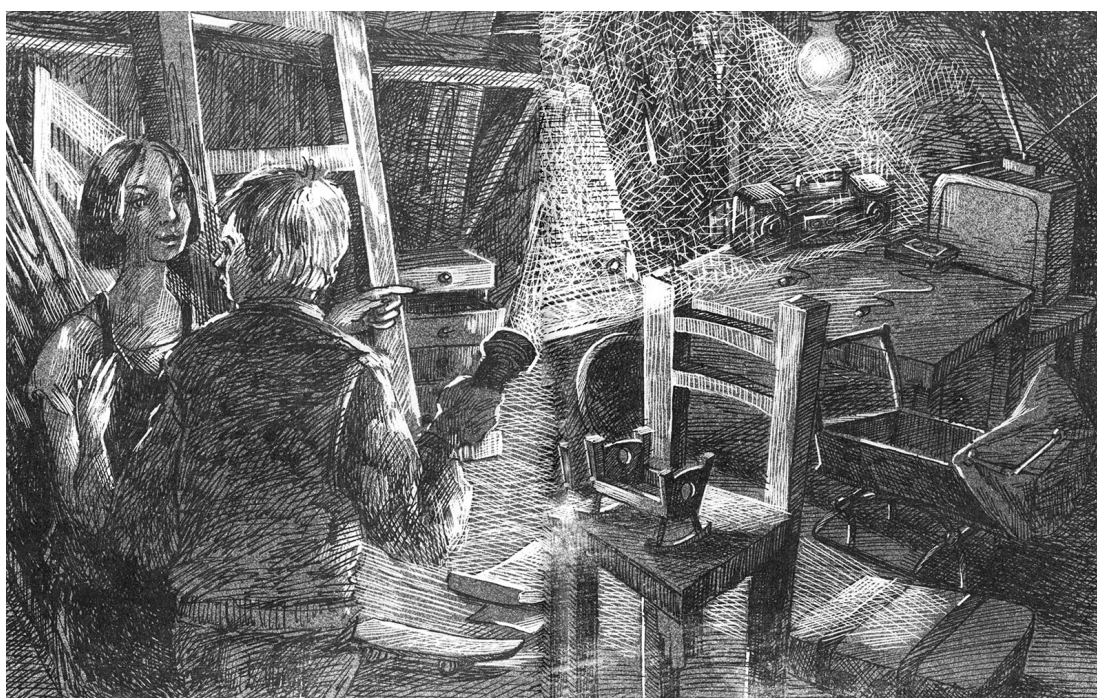
—Emiliano, ¿serías capaz de guardar un secreto?

—¿Se supone que debo contestar “sí” con la mano puesta sobre el corazón?

—Puedes encender la luz. Pero te lo advierto. Te vas a llevar una sorpresa.

Encendí la lámpara y recorrí el desván con el rayo de luz. Igual que en todos los desvanes del mundo, había allí todo un bazar de desechos: una silla con tres patas, una carriola sin ruedas, una lavadora vieja... Pero de vez en cuando surgía de la oscuridad algún objeto totalmente nuevo: un DVD, un i-Pod, una patineta, algún juego de mesa. Pero a la tercera patineta hice la siguiente reflexión: o la familia de Amandita tiene intenciones de montar un número de circo, o este lugar sirve como bodega. El tercer DVD confirmó mi segunda suposición.

—¿Qué significa esto? —interrogué.



—Quiere decir que si alguien más ve esto, la que va a venir aquí es la policía.

Asentí con la cabeza.

—¿Tú robaste todo eso? —pregunté como al descuido.

—Somos varios.

—¿Qué hacen con todo?

—Nos lo repartimos. Luego lo guardamos o lo revendemos.

Sin querer, me acordé de las piezas de seda de mi madre. Estaba muy desconcertado. Mi conocimiento del corazón humano no alcanzaba a entender esto.

Amandita continuó:

—¿Entiendes? Si Martina María hubiera subido, me habría tocado un sermón. Sin contar con que tal vez le hubiera contado a mi mami querida.

La manera en que Amandita pronunció “mi mami querida” me hizo poner mala cara.

—Martina María no es una soplona —protesté.

—Se me olvidaba que es tu noviecita —dijo Amandita, divertida.

—No es mi noviecita —repuse entre dientes—; anda, vamos abajo, ya vi bastante.

Amandita me asió por el brazo.

—¿Qué vas a decir?

Me solté de un tirón:

—Nunca he sido un soplón. No voy a empezar ahora.

La madre de Amandita estaba en la sala con su sobrina.

—¿Entonces? —dijo Martina María—, ¿tienes alguna idea?

—Sí —contesté—, estoy pensando en un alhajero lleno de joyas que alguien encontraría en un desván y que ha sido robado. Contaría cómo fue el asalto. Extrañaría a sus antiguos dueños. Eso seguramente le resultará muy divertido a Fede Fricaire.

—Excelente idea —dijo la pobre mamá de Amandita.

Y agregué, mirando a Amandita:

—Siempre he pensado que en el robo hay dos puntos de vista, el del ladrón y el del robado. Por poner un ejemplo, a mi madre le robaron diez piezas de seda de su tienda. Eso representa trabajo, dinero, amor. Mi madre es artista. Cada una de sus piezas está pintada a mano. Es única. Y el tipo ése que les puso sus sucias manos encima sin pensar siquiera y se largó, debe estar riéndose todavía. ¡Eso me da asco, me indigna!

Hubo un silencio y la mamá de Amandita farfulló:

—Sí, claro, claro...

Amandita propuso que fuéramos a cortar rosas del jardín. Había unos magníficos rosales amarillos. No sé por qué, pero siempre me han gustado las rosas amarillas. Amandita cortó cinco con las tijeras de jardín y me las dio:

—Se las das a tu mamá de mi parte.

De nuevo nos quedamos solos.

—¿Tú nunca has robado nada? —me preguntó Amandita.

—No, yo prefiero decir las cosas. Los que roban lo hacen porque no pueden expresarse de otra forma.

Mi conocimiento del corazón humano pareció causarle gran impresión a Amandita, pues se quedó muy pensativa.

—Pareces más grande de lo que eres —me dijo—. Los chicos de quince años son unos niños. En cambio tú...

—Gracias por las rosas —la interrumpí.

Hay terrenos por los que más vale no aventurarse. Esa chica me provocaba algo muy extraño.

Cuando llegué a casa, mamá conversaba con Marta Haller. Marta es la socia de mamá. Mamá es la artista y Marta se encarga de los dineros. Marta Haller no me cae bien. Por cierto, yo a ella tampoco. Un día la oí decir: “Los hombres sólo dan problemas”. Y en otra ocasión: “Los niños sólo dan molestias”.

Seguramente por eso es soltera y “madre” de un galgo afgano que —supongo— sólo le da satisfacciones.

—¡Ah, ya llegaste! —dijo mamá.

Le di las rosas con los pétalos abriéndose ya.

—Toma, de parte de Amandita.

—Se, se.

Creo que hubiera podido decirle: “De parte de la emperatriz Josefina” y no me hubiera prestado mayor atención. Me quedé estúpidamente plantado en medio de la habitación, con mis rosas en la mano.

—¿No tienes tarea? —inquirió Marta.

—Igual podría decirme que me largue —le contesté—, al menos tendría el mérito de ser clara.

El rostro de Marta se sonrojó. Es iracunda.



—Tu muchacho es un maleducado, Silvia.
Mi madre se sobresaltó un poco:

—Ocupate de la educación de tu galgo, ¿quieres?

Sus miradas chocaron. Las dos estaban exasperadas por ese asunto del robo en la tienda. Tiré mis rosas al piso.

—¡Qué fea es la vida! —exclamé.

Vacíé el congelador y me preparé una cena enorme. Calamares fritos, hamburguesa con queso, pizza de mariscos. Cuando Marta se fue, mi madre me alcanzó en la cocina. Abrió el refrigerador.

—¿No hay comida?

—Me lo comí todo. Los adolescentes que carecen de afecto se compensan con comida.

Mi madre se pasó la mano por la frente:

—Emiliano, estoy cansada.

—Yo también.

Mamá suspiró y se sentó pesadamente.

—¿Qué sólo los adultos tienen derecho a estar cansados? —pregunté—. ¿Sólo los adultos tienen problemas?

Mamá me miró al fin.

—¿Tienes problemas?

—No, no.

—¿No-no o sí-sí?

—Sí y no. Una especie de problema.

No tenía ganas de hablarle. Además ella nunca escucha.

—¿Y tu problema se llama “Amandita”? —preguntó mi madre.

Abrí los ojos muy grandes.

—¿Co... cómo lo sabes?

—Emiliano vuelve a casa con la chamarra mal abotonada —empezó a decir mi madre como si se estuviera dirigiendo a un gran público—; Emiliano trae rosas amarillas, sus flores favoritas; Emiliano tiene su expresión de los grandes momentos. Pronuncia con aire teatral: “De parte de Amandita”; conclusión: Emiliano tiene un problema que se llama Amandita.

Mamá me sonrió:

—Me da gusto ver que ese problema no te quitó el apetito.

Es verdad que mi madre no sabe hacer galletas, pero por otra parte es genial.

—Te voy a ir a buscar cuscús con el árabe —dije al tiempo que me ponía de pie—. Está abierto hasta las diez.

Tomé mi chamarra, luego di media vuelta y dije:

—No tardo nada.

Como si tuviera miedo de que mamá desapareciera mientras yo estaba fuera.

Mi amorcito

Muy pronto le tomé estima a Fede Fricaire. Durante las clases de francés, le ponía sus ejercicios de gramática de la semana, y luego platicábamos sobre cosas serias.

—¿Encontraste tu F40 a 1/18?

—Está en once euros en Plaza Casino.

Un miércoles, Fede me propuso mostrarme su cuarto. La primera cosa que se puede ver es una larga mesa cubierta de herramientas, frascos de pintura, hojas de madera balsa y automóviles de control remoto desarmados. La cama de Fricaire está pegada al techo, encima de una especie de andamiaje de tubo cromado.

—¿Qué piensa tu madre de esto? —pregunté, un tanto perplejo.

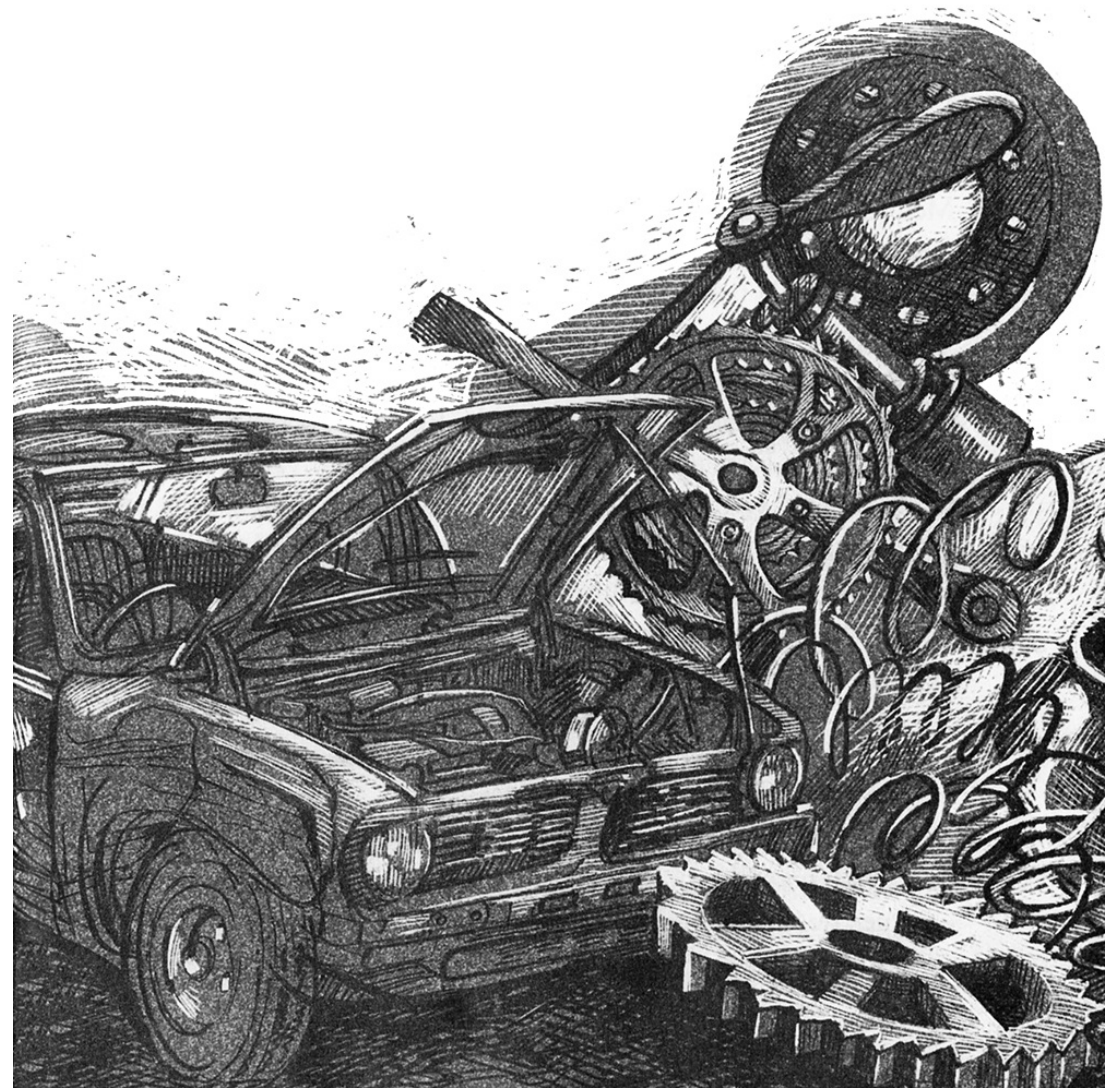
—Mi madre se ocupa de Alejandra, de mí no.

Alejandra es la hermana menor de Fede. Es rubia como una muñeca Barbie. Toma clases de danza y violín.

—Yo me llevo más con mi padre —me explicó Fede.

El señor Fricaire dirige una empresa de mudanzas. Según creí entender, antes era *trailerero* y se ganó la lotería. Fricaire siente gran admiración por su padre y por la lotería.

—Cuando me saque la lotería —me explicó—, ya no iré más a la escuela.



—Tienes toda la razón —le contesté sin prestar mucha atención.

Estaba mirando una repisa con multitud de personajes de plomo: monstruos, enanos, brujos y otros duendes que Fede había pintado minuciosamente.

—¿Qué te parece mi “colec”? —dijo ufana Fede—. Me lleva horas pintarlos.

—¿Dónde compras esos muñecos?

—No los compro. Me los robo.

De repente me entraron unas ganas tremendas de tirarlos al suelo.

—¿Quieres uno? —me propuso Fede.

—No, sí... El negro con cara de muerto.

—Es un gobelino.

—Mejor para él.

Volvimos a la sala.

—¿Nunca te han sorprendido robando? —pregunté.

—No, porque hago trampa. Compró y al mismo tiempo robo.

—¿O sea que compraste trescientos cincuenta y robaste dos?

—Tres.

Recogí mis cosas. La clase había terminado hacía un buen rato. Me despedí de la señora Fricaire y me llevé al bolsillo mis doce euros tan duramente ganados.

Ese día tenía tiempo para dar una vuelta por la tienda de mi madre. En el tren suburbano no me lleva más de tres cuartos de hora. En el andén de la estación, tuve la sorpresa de encontrar a Amandita en plena conversación con un tipo. Retrocedí y me parapeté en una columna. El muchacho tenía unos dieciocho o veinte años, una cicatriz recién cerrada en la mejilla y el pelo tan corto que se le veía el cuero cabelludo; en pocas palabras, la apariencia de un fanático del Liverpool. Intercambiaron unas cuantas frases y se separaron sin mirarse siquiera. Salí entonces de mi observatorio para ir al encuentro de Amandita. Pasé justo frente a ella, haciendo como si no la viera.

—¡Mira nada más, Emiliano!

Amandita iba también a París. Hicimos el trayecto juntos. No pude evitar hablarle del tipo en el andén.

—¿Me estabas espiando? Bueno, pues para que te quedes satisfecho, es mi hermano.

—Pues qué facha la suya.

—No es su culpa. Está haciendo el servicio.

¡Vaya, vaya! Una vez más, mi conocimiento del alma humana fallaba a todas luces. Me pareció reconocer al jefe de la banda de los Tiburones Viciosos, y me había topado con un conscripto en día de permiso.

Amandita me preguntó si mi madre había levantado un acta por el robo de sus piezas de seda, y agregó:

—Me gustaría ver lo que hace.

Así fue como ambos nos presentamos en la tienda de mamá. Para mi decepción sólo encontré allí a Marta Haller. Me dio la espalda sin ningún disimulo, para ocuparse de dos clientes.

Amandita se extasiaba:

—¡Qué bonito está todo! ¡Ese vestido, ah, y allá...! ¡Me encantan los rebozos! mira éste, y ése...

La dejé hurgar en los trapos y miré a los transeúntes mientras la esperaba.

—No se puede decir que esté regalado —comentó Amandita cuando me alcanzó.

Seguimos a pie. De pronto, Amandita pasó su brazo bajo el mío.

—¿Ahora sí nos llevamos bien? —me preguntó—. Qué lástima que seas tan amigo de Martina María...

Mentalmente mandé a Martina María a los mil diablos. Es amable, pero, ¿cómo decirlo?, es demasiado amable. Acaba por hartar.

—¿Vamos a los muelles? —me propuso Amandita.

No vi llegar la noche.

Creí que encontraría a mi madre en el rellano, rodeada por un regimiento de bomberos y policías. Para nada. Hablaba por teléfono.

—Pero, Marta, no es posible. Estaban en la vitrina. ¿Qué? ¿Dejaste la llave sobre el mostrador? Estás loca... Sí, ya sé que estabas ocupada. Pero date cuenta: nunca volveré a encontrar esos

diseños. Me fascinaba ese par de pendientes. Me hubiera dolido venderlos. ¡Pero robados! ¿No sospechas de nadie? ¿Fue como a las cinco de la tarde? Las dos clientas y... sí... ¡No cambia nada, de cualquier modo!

Mamá colgó la bocina con un ademán violento.

—¡Ya estoy hasta la coronilla; estoy harta de este trabajo! Habría que revisar a la clientela cuando sale. Ya no puedo más. Voy a dejarlo todo.

Prudentemente, fui a la cocina a prepararme un sándwich con mayonesa. Sentí compasión y preparé otro para mamá.

—Mira, hay pepinillos.

Mamá me miró con esos ojos ofuscados que tiene a veces.

—¡Me rindo! —repitió—. ¡Trabajaré como mecanógrafa o cajera o lo que se me presente!

—¡Pero, mamá! ¿Cómo crees?

—Te digo que sí.

Escondió el rostro entre las manos. En ese momento me di cuenta de que mamá diseñaba joyas pero nunca las usaba. A uno a veces se le ocurren tonterías.

—De cualquier modo —prosiguió mamá, moqueando—, tú también estás harto de esa tienda. Sé muy bien lo que piensas. Casi no estoy en casa, no te preparo de comer, no escucho nada...

—Si alguien piensa cosas tan tontas, no merece que se interesen por él —repliqué en tono categórico—. Anda, come.

Mamá mordió el sándwich con todos sus dientes. La tristeza siempre nos ha despertado el hambre.

—Marta dice... —mamá se aclaró la garganta—. Marta dice que sucedió después de las cinco de la tarde. Abrió la vitrina para dos clientes que no compraron nada.

—¿Y dejó la llave sobre el mostrador?

—Sí. Luego llegó un hombre y compró un rebozo. Luego una pareja que no compró nada. Marta cerró a las seis.

La socia de mamá ni siquiera le había notificado de mi visita; tan

insignificante era yo para ella.

—Fue una de esas personas la que dio el golpe —murmuré pensativo.

Amandita y yo nos habíamos citado para el sábado siguiente en el andén del tren suburbano. Pretexté un partido de voleibol para cancelar mi cita con Martina María. Al llegar a la estación me di cuenta de que estaba adelantado media hora. Para matar el tiempo bajé a comprar chicles en las máquinas.

Al llegar al último escalón, tuve el impulso de escabullirme detrás de mi columna de observación porque Amandita ya estaba allí, conversando con su hermano. No parecían estar en muy buenos términos, e incluso me daba la impresión de que Amandita había llorado. De pronto, le tendió algo al militar con licencia, un paquete envuelto en papel de estraza. Pero el hermano rechazó su mano con un gesto de exasperación. Luego se alejó arrastrando sus botas. Decidí volver arriba. Amandita no debía creer que me la pasaba espiándola. Además había que darle tiempo para que se repusiera de sus emociones. Por fin el inicio de la aparición de una idea empezaba a abrirse camino hasta mi materia gris toda hecha pelotas.

—¿Qué te pasa, Emiliano? ¿Estás dormido? Dijimos “al pie de la escalera” —Amandita me sonrió; no había rastro de lágrimas—. ¿Realmente quieres que vayamos a París? —continuó—. Tengo otra idea: ¿y si fuéramos a jugar tenis?

Así que pasamos a casa por mi raqueta y la de mi madre. En diez minutos llegamos a las canchas. Había una libre. Caminé hacia la puerta de malla. Amandita se apoyaba en mí con exageración. Me molestaba un poco porque podían vernos mis amigos. Pero lo que sucedió resultó peor.

—¡Cómo se parecen el voleibol y el tenis! —dijo una voz encolerizada detrás de mi espalda.

Amandita actuó sorprendida:

—¡Qué sorpresa! ¡Mi querida prima!

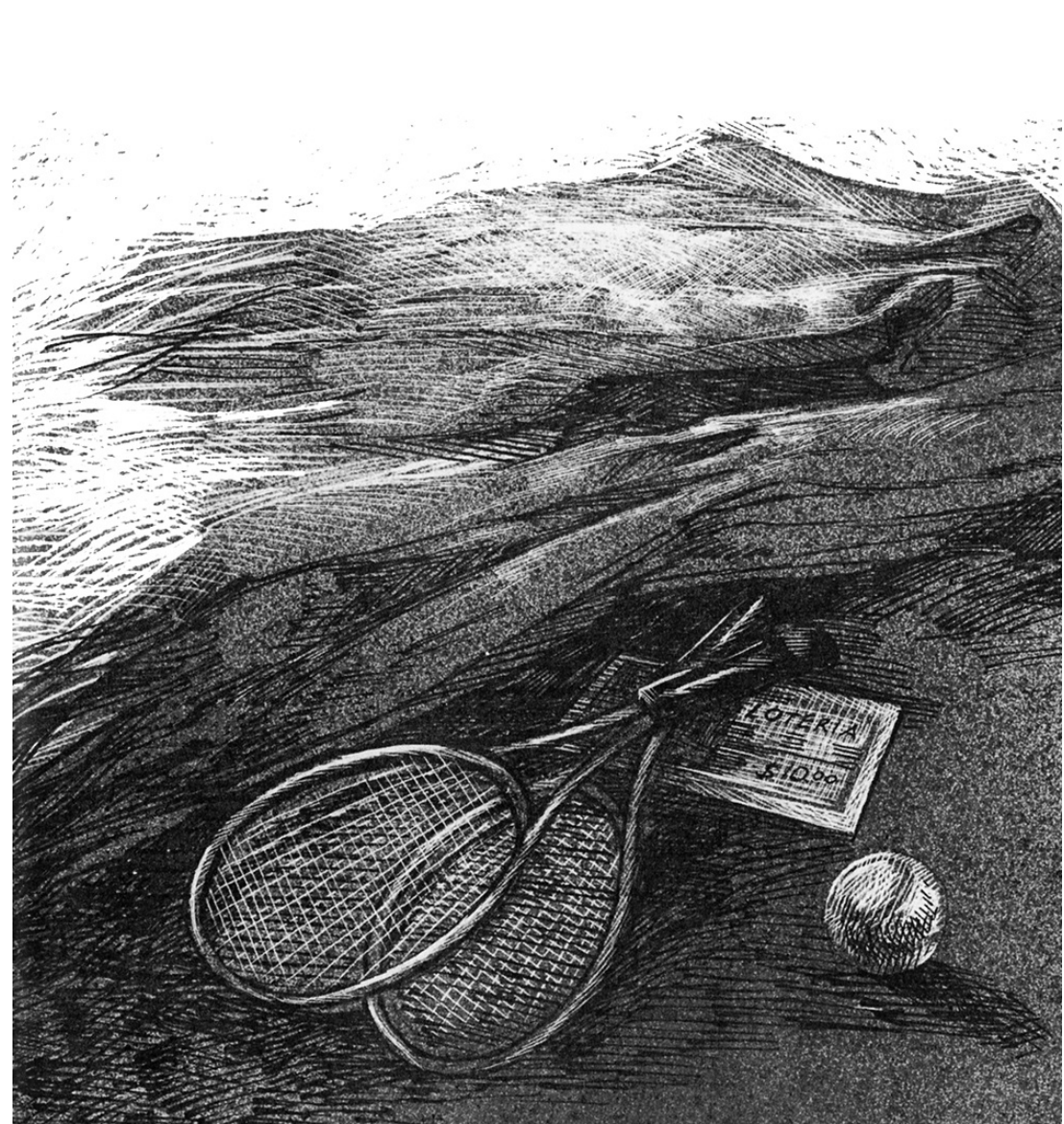
Hubiera querido dar una explicación. Pero ahí estaba como un idiota mirando alternativamente a Amandita riéndose y a Martina María mordiendo los labios.

—No tenías por qué mentirme —murmuró al fin Martina María—. Puedes hacer lo que quieras, ir con... quien quieras. Ya no es asunto mío.

—Bueno, pero no hay que hacer un lío por un partido de tenis —dijo Amandita, irónica—. Parecería el fin del mundo.

—Al menos sí será el fin de algo —dijo Martina María en un murmullo.

Martina María se fue y acabé jugando al tenis de todos modos. Incluso jugué muy bien, porque le daba a las pelotas con todas mis fuerzas. Una vez más se había puesto en marcha una pequeña idea, algo así como: “Emiliano, eres el rey de los...”



—¿Tomamos un refresco? —propuso Amandita.

—No, gracias, me voy a mi casa.

—Siento lo de hace un rato.

Sentí un gran deseo de estrellarla contra la malla. Pero, en cambio, esboqué una sonrisa:

—¿Sabes?, Martina María es una pegajosa. Creo que esta vez ya me libré de ella.

Mi conocimiento del alma humana me dice que Amandita no esperaba una respuesta así.

Necesitaba hablar con alguien. Pero, ¿a quién confiarle mi gran secreto?

—¿Quién fue quien tuvo la idea de ir a la tienda de tu mamá? — me preguntó Fede después de que medio le conté mi historia.

—Fue Amandita.

—¿Quién fue quien propuso ir al tenis?

—Fue Amandita.

—¿Quién fue quien...?

—¿Cómo que “quién fue quien”? ¿Cuándo decidirás aprender francés?

—¿Y cuál lengua crees que hablo? —dijo Fricaire indignada.

Renuncié a contestar y me alcé de hombros. Pero Fede tenía razón. ¿Quién fue quien?: fue Amandita.

—Deberías denunciarla a la policía —susurró Fede furiosa—. Esa muchachita es asquerosa.

—No tengo pruebas, camarada.

—¿Y el paquete? ¿No crees que eran los pendientes?

Asentí con la cabeza.

—Tienes que vengarte —me dijo Fede.

Miré a mi amiguita con admiración.

—Lo entendiste todo, camarada.

—¿Cómo le vas a hacer?

—*Wait and see*. Esto es inglés, querida.

Y como dicen que la venganza es un plato que se come frío, yo ya tenía un buen entrenamiento, gracias a mi madre.

Al volver a casa, tuve la desagradable sorpresa de encontrar a Marta

Haller instalada en la sala. Además, fuma unos horribles puritos negros. No sé cómo puede soportarla su galgo. Me fui derecho a mi recámara para encerrarme allí.

Marta me detuvo:

—Emiliano, hace varios días que quiero hablar contigo.

Me detuve en mitad de la sala.

—La chica que estuvo contigo en la tienda el miércoles pasado, ¿la conoces... bien?

—Es la prima de Martina María —le contesté, dando por hecho que el nombre de la ahijada de mamá equivale a un certificado de buenas costumbres.

Pero esto no pareció impresionar a Marta.

—Te pregunté si la conocías bien...

¿Mentir? ¿Confesar? Era indudable que ella había callado a propósito mi paso por la tienda.

Ante mi silencio, Marta concluyó diciendo:

—Te doy una semana para “volver a encontrar” los pendientes.

Pasado ese plazo, hablaré con tu madre.

—¿Y qué puedes decirle? —contesté explosivamente.

—Que tu amiguita es una ladrona y que tú eres un mentiroso. O también un ladrón.

Marta se había puesto de pie. Me apuntaba con su horrendo purito. Estaba muy cerca de ella y me di cuenta de algo que me desconcertó: yo era más alto. Marta es de la misma estatura que mamá. A veces intercambian prendas de vestir. “Ya soy más alto que mamá”, pensé. De pronto ya nada tenía importancia, y dejé de tenerle miedo a Marta Haller.

—Habla con mi madre o con tu animal —le respondí—. Mis asuntos los arreglo yo solo. Como un hombre.

Marta tuvo un ataque de risa. ¡Que se ría todo lo que quiera! Es bajita y fea. Azoté la puerta de mi recámara y volví a quedarme solo conmigo mismo, con los ojos ardiéndome por las lágrimas contenidas. Me miré al espejo. Un hombre. ¿Dónde está?

Me recosté en mi cama y empecé a recapitular. El miércoles pasado, Amandita toma la llave de encima del mostrador, abre la vitrina y se roba los pendientes. ¿Posible? Sí. El sábado siguiente, Amandita se encuentra con su “hermano” en el lugar acostumbrado. Le ofrece los pendientes. Él no los quiere. Seguramente sabe que no podrá revender fácilmente objetos tan identificables, o no le gustan ese tipo de baratijas. ¿Verosímil? Sí.

¿Qué pudo hacer con los pendientes Amandita? ¿Los tiene guardados en su recámara? Peligroso. ¿Los revende? Arriesgado.

—Sólo queda el desván —murmuré, mirando hacia el techo.

Me acordaba muy claramente del desván de Amandita: la cuna de bejuco, el sillón destripado, un rifle, una silla alta de bebé, una carriola sin ruedas, una pequeña lavadora... Aquí y allá, en medio de esos desechos familiares, aparecía un objeto nuevecito. Si los pendientes estaban en algún lado, sería allí. Y si alguien podía encontrarlos, ése era yo.

Soy muy fuerte

No me había atrevido a pedir mi mesada. Los negocios de mamá no andaban bien. No hablaba de ello, pero constantemente se pasaba la mano por la frente.

Una mañana vi un estado de cuenta bancario sobre la mesa de la sala. Dudé un momento y me pregunté: ¿será que no quiero saber por discreción o por cobardía? Es fácil encerrarse en el pequeño mundo del estudiante, bien protegido. Así pues, eché un vistazo. Se leía esto:

	Cargos	Abonos
Saldo anterior		35.70
Cheque N° 298847	<u>812.20</u>	
Saldo a nuestro favor	776.50	

Me quedé un momento sin comprender. ¿Qué significaba ese “saldo a nuestro favor”?

Luego entendí que el banco le advertía cortésmente a mi madre que debía 776.50 euros. Las cosas estaban peor de lo que pensaba.

—¿Por qué tu mamá no juega a la lotería? —me preguntó Fede asombrada.

—¿Tú juegas?

—Dos veces al mes.

—¿Y ya has ganado?

—Saqué reintegro una vez.

—¿O sea que, en resumidas cuentas, has perdido?

Fede meneó la cabeza con lástima:

—¡Amigo mío! Hay que perder muchas veces antes de ganar.

En ese momento se me ocurrió que podría utilizar todo el dinero que ganaba para jugar a la lotería. Sería una especie de inversión.

—¿Y qué pasó con tu venganza? —me recordó Fede.

Tenía que actuar con rapidez. El ultimátum de Marta expiraba en tres días.

—¿Tu papá es buena onda? —pregunté.

—¡Es súper! —me contestó Fede enfatizando con deleite el calificativo.

—¿Crees que me ayudaría?

Mi propuesta la hizo dar brincos de alegría.

Esa misma noche, al salir de la escuela, me dirigí a la Compañía Fricaire. Fede había preparado el terreno. Su papá me estaba esperando. El señor Fricaire contrastaba con su mujer de manera sorprendente: hombros y espalda rollizos, un vientre confortable, un rostro satisfecho.

—¿Y bien, joven Emiliano? —dijo al tiempo que me recibía con cierta deferencia.

Para él yo era un intelectual, un tipo que trabajaba con la sesera, pues. En pocas palabras le conté mi historia y le expuse mi proyecto de venganza. Cada vez que decía algo, él asentía con la cabeza. Al terminar, me di cuenta de que no había entendido nada.

—Ya está —me dijo al cabo de media hora de explicaciones adicionales—, ya estoy empapado del asunto, joven Emiliano. Es complicado su asunto.

Parecía entusiasmado, pero meneando la cabeza, agregó:

—Muy complicado. No creo que funcione.

Un poco desconcertado por esa manera de razonar, balbucí:

—¿Lo intentamos, de cualquier forma?

—Es un trato, joven Emiliano. El teléfono está por aquí. ¿Cómo se llama la señora de la que me habla?

—¿La mamá de Amandita? Ángela Carrera. Tengo su número. Déjemelo a mí.

Algo tembloroso, marqué el número. Me contestó la mamá de Amandita.

—¿Señora Carrera? —dije, imitando el jovial acento sureño.

—Ella habla.

—Le hablamos de Los Ropavejeros de Emaús. ¿Ha oído hablar del abad Pedro?

—Eeeh... sí... es un hombre muy valioso, pero tenemos tantas solicitudes que...

—¡Sí, lo sé, lo sé bien! Pero nosotros tomamos lo que los demás no quieren. ¿No tendría usted por casualidad algunos objetos viejos en algún desván que pudieran servir todavía?

—Bueno, tal vez... Tendría que ver...

La voz sonaba vacilante.

—¿Alguna lavadora vieja?, ¿una cuna?, ¿una cama de niño?

—Sí, justamente. Debemos tener todo eso.

—Maravilloso. Hay tanta miseria, señora Carrera. ¡Si usted supiera! Esta misma mañana, una familia con diez hijos, con el padre desempleado, la madre cie...

—Sí, sí, no hay problema —contestó precipitadamente la señora Carrera—, pero no hemos puesto un pie en ese desván desde hace mucho. Sería toda una operación de mudanza.

Miré al señor Fricaire y repliqué:

—¡De la mudanza nos encargamos nosotros!

Colgué con aire victorioso. El señor Fricaire me observaba con los ojos muy abiertos:

—Usted sí que es bueno para esas cosas —dijo con admiración; y agregó—: Pero no creo que vaya a resultar.

Al día siguiente, por la tarde, una camioneta se estacionó frente a casa de Amandita. La carrocería tenía un letrero pintado a toda prisa: Los Ropavejeros del abad Pedro. El señor Fricaire se levantó del asiento del conductor y saltó pesadamente a la acera.

—¿Así que es aquí? —me preguntó.

Sentí que debía forzar un poco la acción. El señor Fricaire es muy tímido.

—¡Yo toco! —le grité, alejándome de él.

La mamá de Amandita parecía contenta de verme:

—... pero Amandita no está —me advirtió.

—No vine a verla a ella. Le echo una mano a Los Ropavejeros de Emaús en mis tiempos libres.

—Ah, eso está bien, es una obra caritativa.

Entonces vio al señor Fricaire, quien desde hacía un minuto la saludaba moviendo la cabeza.

—Buenas tardes, señor. ¿Fue usted quien llamó?

—No, no —respondió el señor Fricaire—, fue... —con un ademán me señaló.

—Fue el responsable local —me adelanté—, pero tiene demasiado trabajo y no pudo venir.

La señora Carrera nos acompañó hasta la entrada del desván.

—Ya conoces el camino —me dijo, al tiempo que me entregaba la llave—; ustedes me disculparán pero justo ahora estoy cocinando. Estoy preparando patés de hígado para Navidad.

La mamá de Amandita se sonrojó al mirar al señor Fricaire.

—¡Ay!, cuánta miseria hay en este mundo... —balbució, y se retiró, algo confundida.

Cinco segundos después, estábamos en el desván. El señor Fricaire encendió su potente linterna.

—Tenía usted razón, joven Emiliano —murmuró—; esto es la cueva de Alí Babá.

—Hay menos cosas que el otro día —observé—; pero no importa. Nos llevaremos todo.

—¡A trabajar! —exclamó el señor Fricaire, contento de sentirse en terreno conocido.

Nos llevó una hora desaparecer los objetos robados. La lavadora, la cuna, la cama de niño y la carriola se llenaron con los DVD's, patinetas, discos compactos, i-Pods, celulares... El señor Fricaire lo envolvía todo en papel periódico y lo ataba con cordel. Mientras yo empaquetaba, escarbaba en todos lados. Quería encontrar los pendientes. Estaban ahí. ¿Pero dónde? Empezaba a ganarme la desesperanza. Mi venganza quedaría incompleta si no recuperaba las joyas que le habían robado a mi madre.

De pronto vi, cerca del tragaluz, una especie de cofrecito. Mi corazón se aceleró. Había notado inconscientemente ese cofrecito la primera vez que entré al desván. Incluso me había dado la idea para la composición de Fede. Me puse de rodillas.

—¡Señor Fricaire! ¡Señor Fricaire! —lo llamé.

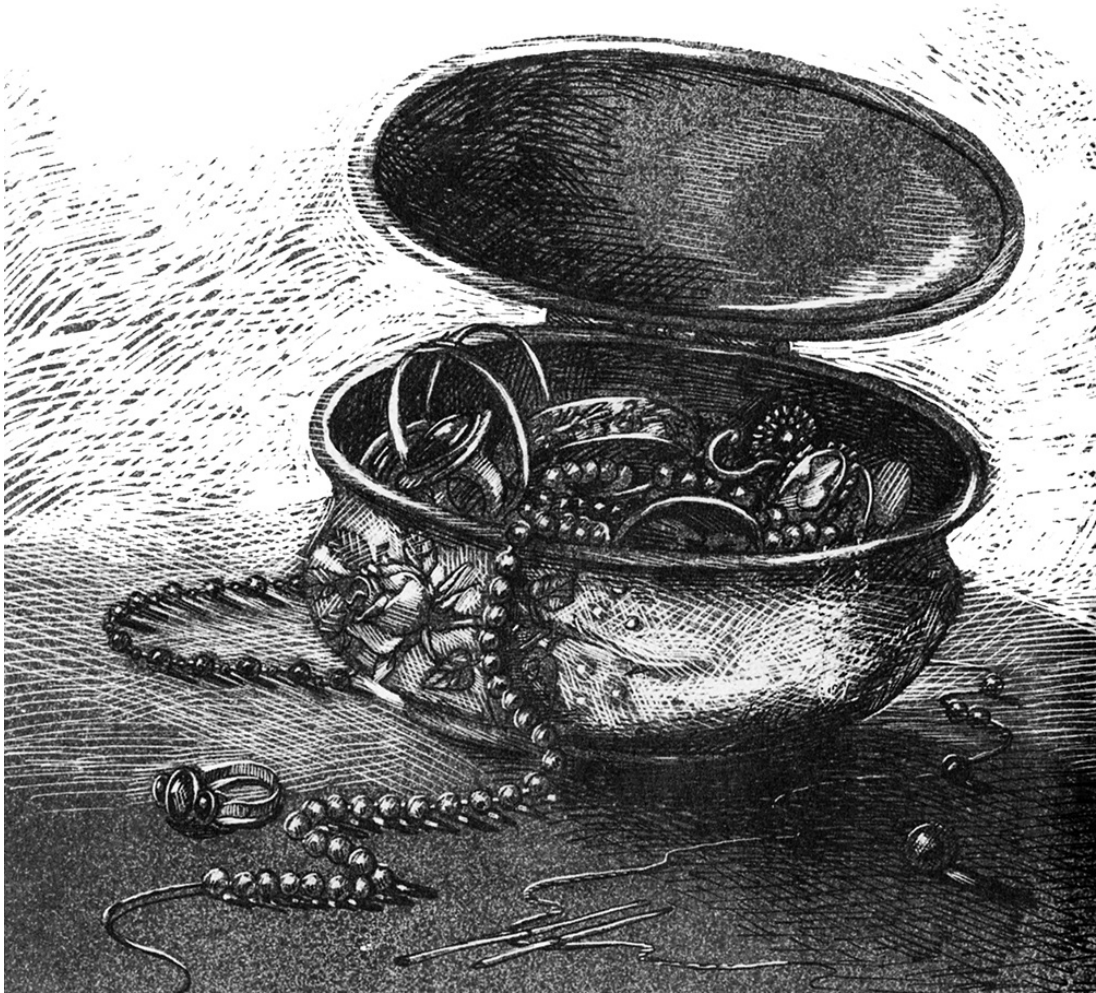
Mi cómplice se acercó. Se veía preocupado.

—¿Qué encontraste?

Le mostré un paquete de papel de estraza.

—Si están ahí, señor Emiliano, es que usted es muy bueno...

Desgarré el papel.



—Soy muy bueno —repuse con toda simplicidad.

Mi venganza se había cumplido. Me introduje los pendientes al bolsillo.

Una hora más tarde, habíamos bajado todo al jardín. Cuando acabábamos de cargar los diferentes bultos ante la mirada bienintencionada de la señora Carrera, el rechinido de unos frenos de bicicleta nos hizo voltear. Era Amandita.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—¿No ves que es Emiliano? —contestó extrañada su madre.

—Sí. Hola.

—Hola —respondí—. Como ves, le estoy echando una mano a

Los Ropavejeros de Emaús. Limpiamos el desván de tu mamá.

Pese a estar acostumbrada a fingir, Amandita no pudo evitar un gesto de pánico.

—¡El desván! —exclamó.

Un vistazo al interior del camión confirmó sus sospechas. Se volvió hacia su madre:

—¡Mamá, no vas a regalar todo eso!

—No es nada, mi amor, son vejestorios.

—Pero para la gente que no tiene nada —dije solemnemente—, lo viejo es tan bueno como lo nuevo.

Y agité mi mano dentro de mi bolsillo para hacer retintinear los pendientes.

—Hasta pronto, Amandita. Te ofrezco la revancha... en el tenis.

—¡Andando, jóvenes! —exclamó el señor Fricaire mientras subía a su camión.

Avanzamos unos segundos en silencio y, luego, en la primera curva, el señor Fricaire se echó a reír.

Yo lo imité. Sentíamos alivio de haber terminado con eso.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto? —dije, señalando nuestro cargamento con la cabeza—. No sé de dónde fue robado y no tengo nada de ganas de meter a la policía en mis asuntos. Le dije a Amandita que no iba a “soplar”. Y voy a cumplir mi palabra.

—Creo que tengo una idea, señor Emiliano —empezó diciendo tímidamente el señor Fricaire—. Yo... tuve suerte en la vida, y no todos pueden afirmar lo mismo. Entonces, por eso, a veces aquí, o allá, quiero decir... —tosió un poco—, regalo chucherías a los orfanatos... precisamente para Navidad... En fin, usted entiende...

Al señor Fricaire le incomodaba hacer gala de sus buenas acciones.

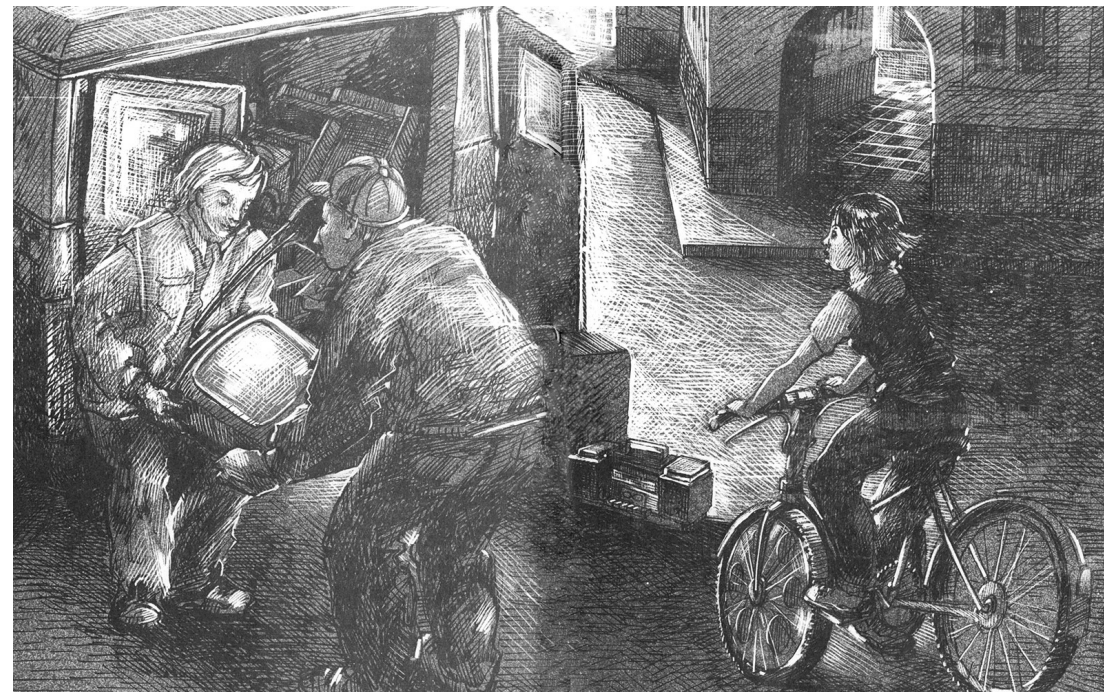
—En otras palabras —dije para auxiliarlo—, ¿a nadie le extrañaría que usted diera más regalos este año?

—Sí, eso es —suspiró el señor Fricaire.

Casi habíamos llegado. Imaginaba la cara de los niños de un hospicio al recibir un *walkman* o una patineta. Sonreía tontamente.

—¿En qué piensa, señor Emiliano?

—En Robin Hood.



No tan fuerte como parece

Me quedaban dos días para devolver los pendientes.

—Bueno, ¿mamá? El profesor de matemáticas está enfermo. Me gustaría pasar a la tienda.

—Ok, iremos a comer al chino.

Antes de tomar el tren, conseguí una libreta de estilo bastante femenino. Entonces, haciendo una letra que no era la mía, escribí en una hoja el siguiente mensaje:

Estas alhajas se me antojaron durante una visita que hice recientemente a su tienda. Las tomé sin pensar y eso me tiene muy atribulada. Espero que puedan considerar mi acción con indulgencia.

Me había puesto guantes en las manos, como un verdadero profesional. Limpié los pendientes antes de ponerlos en una pequeña bolsa de plástico junto con mi carta. La libreta acabó en un bote de basura del barrio: el crimen perfecto.

Al llegar a la tienda, encontré a mi madre ocupada con una clienta indecisa. Le hice una seña con la mano que significaba “no te preocupes por mí”. Me senté en un banquito y me puse a silbar. Y entonces moví imperceptiblemente el banquito junto al cajón que está debajo del mostrador.

—El negro le queda bien a todo el mundo. No, no endurece los rasgos más duros...

Uno, de un gesto, el cajón está abierto. Dos, la llave está en mi

mano. Tres, vuelvo a cerrar el cajón.

—¿Colores fluorescentes? No, no tengo —decía mamá—; estuvieron de moda este verano. Pero para el invierno, el negro...

Me puse de pie. Fingí interesarme por las corbatas de moño y caminé hasta la vitrina.

—Sí, claro, el amarillo fluorescente es muy alegre —decía mamá con una voz en la que afloraba la impaciencia—, pero la moda para este invierno...

En un momento se desharía de su clienta. Cuatro, llave en el cerrojo. La hago girar. ¡Clic! ¡Caray, qué ruido! No, mamá no oyó nada. Su clienta del amarillo fluorescente la está sacando de quicio. Abro lentamente la vitrina. Con la mano izquierda, aún enguantada, saco un envoltorio de mi bolsillo.

—Sí, eso es, lo va a pensar —dijo repentinamente mi madre.

¡Cuidado!, las cosas se precipitan. Dejo el envoltorio en algún lugar escogido al azar sobre una repisa. Vuelvo a cerrar. Clic. Ahora tengo la llave en mi bolsillo izquierdo.

La campana de la puerta sonó.

—No, no tenga cuidado, señorita, no fue ninguna molestia.

Mamá vino hacia mí. Me había alejado de la vitrina.

—¡Uf! ¡Era de las que te hacen perder una hora para no comprar nada! —exclamó mi madre con fastidio.

Sonreí. La llavecita estaba en mi puño izquierdo.

—Me pongo el abrigo —dijo mamá—, y estoy lista...

—No te apures...

Cinco, salto hasta el cajón. Seis, abro. Siete, vuelvo a cerrar. Ya está ahí mamá.

—¿Buscas algo?

—Mi guante. Se me cayó debajo del mostrador.

Me agaché y me puse el guante derecho.

—Qué bueno que viniste —dijo mamá—, justamente tenía que

hablar contigo.

Mamá cerró la tienda. Todavía me temblaban las piernas, pero no podía dejar de pensar que realmente era fácil robar. Hubiera podido arrasar con todo lo que estaba en la vitrina y salir pitando. Sólo los tontos se dejan atrapar con las manos en la masa.

En el restaurante, tras unas cucharadas de sopa pekinesa picante, mamá me soltó:

—Las finanzas no van bien en este momento, Emiliano.

—No es grave si Santa Claus no tiene dinero este año —dije, intentando bromear.

—Voy a vender la tienda —replicó mamá.

Me quedé de una pieza, con los palitos a medio camino entre el plato y mi boca.

—¿Es en serio?

—Marta encontró un comprador. Creo que es la única solución.

Durante un rato comimos en silencio. ¡Con todo lo que había despotricado contra esa tienda! Y sin embargo, ahora que mi madre renunciaba a ella...

—¿En qué piensas, Emiliano?

—En la lotería.

Mamá me explicó que buscaría trabajo, que por lo pronto la venta de la tienda equilibraría sus finanzas, que no debía preocuparme. Se pasó la mano por la frente mientras hablaba. Se le había convertido en un tic. Yo decía “sih, sih”. Sentía que me asfixiaba en ese restaurante.

—Te estoy aburriendo con mis cosas —dijo mamá de pronto.

—Sih.

Ni siquiera la estupefacción de mi madre cuando volvimos a la tienda me hizo gracia. Hizo todo tipo de suposiciones sobre el regreso de los pendientes a la vitrina.

—Para mí que fue la clienta del amarillo fluorescente. No venía a comprar.

—Sí —fue todo lo que dije.

La Navidad se aproximaba; una Navidad de charcos en los terrenos baldíos; una Navidad de lodo sobre las aceras. Pero Navidad al fin y al cabo. Las guirnaldas de estrellas se encendían y apagaban en las calles peatonales del centro comercial. Las niñas posaban para una foto con el Santa Claus de Plaza Casino. Yo entré en el supermercado. Ese año me hubiera gustado tener unos audífonos para poner mi música a todo volumen. Mi madre me dijo: “Ya veremos en Navidad”. Las cosas habían cambiado desde entonces.

Recorría los pasillos de Plaza Casino con tres euros en el bolsillo, lo único que rescaté tras invertir en la lotería. Había pasado por la sección “Video-alta definición” y caminaba sin rumbo fijo, dejándome empujar por los clientes apresurados. De pronto me vi en medio de los juguetes. Manosé un rato los autos a control remoto; eché un vistazo a los juegos de video. Un poco más adelante estaba el anaquel de las muñecas Barbie. Eso me hizo pensar en la hermana de Fede. Y, por asociación de ideas, pensé en el señor Fricaire, en Amandita, en Martina María. A mi madre le extrañaba no recibir más llamadas telefónicas de su ahijada. Cada fin de semana, yo pensaba: “va a llamar”. Pero no llamaba.

Mis pasos me condujeron hasta la sección de perfumería. Miré a mi alrededor, al tiempo que pensaba en el elefante de una tienda de porcelana. Una paloma de cristal estaba posada sobre el tapón de uno de los frascos. Ese perfume se llamaba Alba. Era bonito, un poco anticuado. “Le gustaría a Martina María”, pensé.

—¿Quieres probar? —me preguntó una vendedora tan maquillada que una nube de polvo de arroz la ocultaba a la mirada del común de los mortales.

Me puso un toque de perfume en el hueco de la muñeca. Inhalé.

—Es un poco... un poco dulce —dije—, recordando las reflexiones de mi madre.

—¿Qué buscas? —inquirió la celestial vendedora.

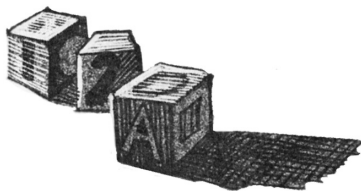
—Algo más fuerte, más... eh... espirituoso.

“Y menos caro”, agregué mentalmente. El de la paloma costaba

cuarenta y dos euros. Me alejé de ahí.

¿Y si le hiciera un regalito a Martina María para Navidad? Sería de lo más natural.

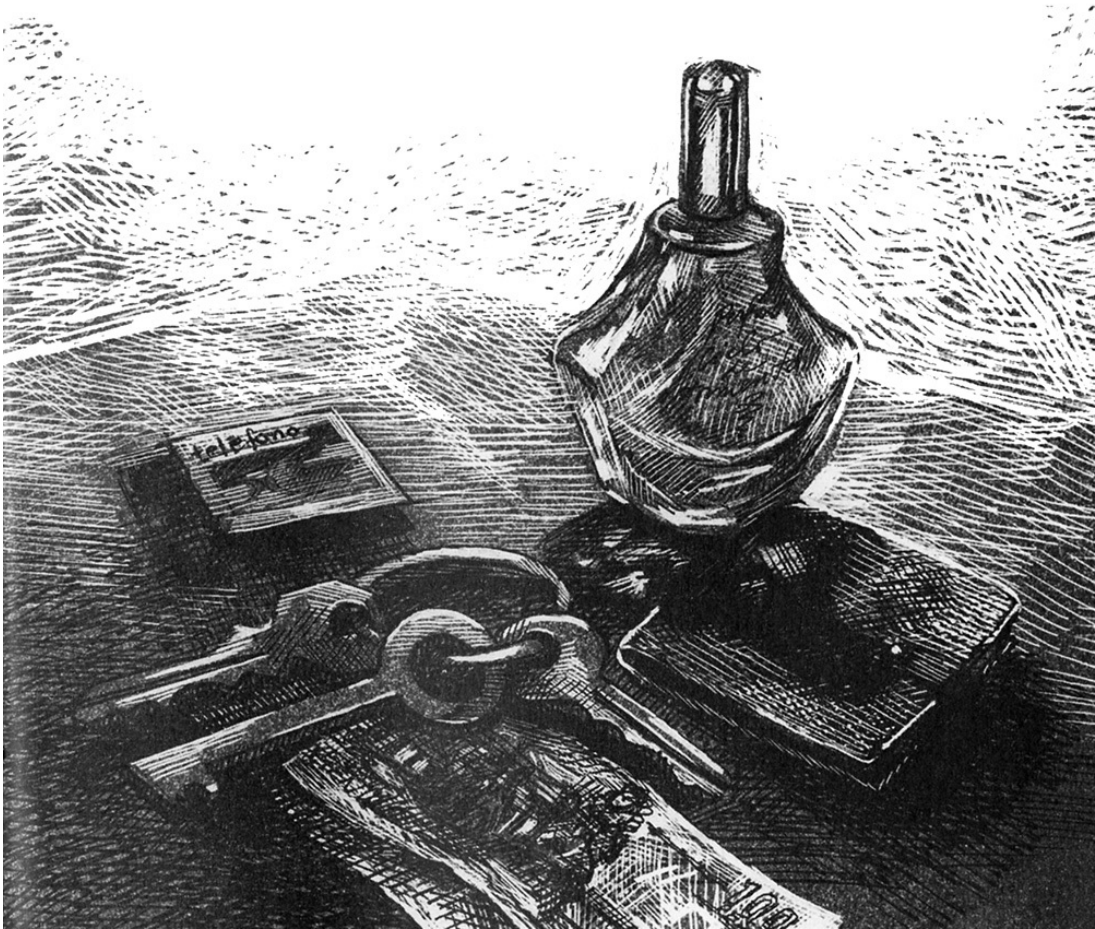
Sí, pero con tres euros no podría comprarle ni siquiera una muñeca Barbie. Estaba en ese punto de mis reflexiones cuando mi atención se fijó en un sublime frasco de perfume, de tono ambarino. Se llamaba Cielo de Tormenta. Treinta y cinco euros por el modelo más pequeño. Un frasco minúsculo. Cabría casi en mi puño cerrado. Lo tomé. Lo volví a dejar en su lugar. Tomé otro. La vendedora celestial estaba de espaldas. Había gente, mucha gente. Como una muralla. Mi corazón latía desbocado. Casi tenía ganas de volver el estómago. ¡Emiliano, tú no vas a hacer eso! Tomé otra vez el frasquito. Cabía en mi puño. ¿Por qué no hacerlo? Todo el mundo lo hace... Ya no tenía el control de mis gestos. Metí los dos puños en el fondo de mis bolsillos y me fui de allí. ¡Emiliano, lo hiciste! ¿Y qué? Fue fácil, ¿no?



Dentro del bolsillo, recorría los contornos del frasco con la punta de los dedos. Con tres euros podría comprar el papel para regalo. Feliz Navidad, Martina María. Pues sí, es para ti. Cielo de Tormenta. ¿Ves? Pasada la tormenta, viene el buen tiempo. Me sobresalté. Alguien acababa de decirme algo.

—¿Disculpe? —dije emergiendo de mis ensoñaciones.

—No hagas escándalo y sígueme —repitió el hombre.



Me petrifiqué. Si el techo de Plaza Casino se hubiera desplomado sobre mi cabeza no me habría afectado tanto. No era posible. Debía ser una pesadilla. Despertaría. Todos roban. Es tan fácil. Y yo...

—¿Por qué yo? —dije en voz alta.

—Te vi. No hagas escándalo.

Seguí al hombre aquel. Me empujó por un pasillo y luego abrió la puerta de una oficina.

—Vacía tus bolsillos.

Puse el frasco sobre la mesa.

—Vacía tus bolsillos.

Saqué mis llaves, mi monedero, mi tarjeta de teléfono. No pensaba más. Estaba obnubilado.

—Hace rato que te observo —dijo el vigilante—; esta vez te atrapé.

¿Por qué me hablaba de ese modo? ¡Yo no era un ex convicto!

—¿Tus documentos?

—No los traigo conmigo.

—Bien. ¿El número de teléfono de tu padre?

—No tengo padre —articulé con esfuerzo.

—¿Te estás burlando de mí? —vociferó el hombre—, ¿quieres que vayamos a la delegación a discutir?

—Se lo juro, no sé dónde está mi padre.

—¿Y no tienes madre tampoco? ¿Me vas a decir que eres un niño de hospicio?

—No. ¿Quiere que llame a mi madre?

El vigilante marcó él mismo el número que le indiqué, me entregó la bocina y tomó una extensión.

—Bueno, ¿mamá? Sí, soy yo. Oye, tengo un problema. No, no tuve un accidente de moto. Es que... bueno, pues... robé una cosita en Plaza Casino. Hice una apuesta con unos amigos. Sí... pues sí. Me atraparon.

—Ahora voy —dijo mamá, y colgó.

Estuve hora y media tragando bilis en esa pequeña oficina. Al fin, mi madre entró acompañada por el vigilante. Tomó el frasco con la punta de los dedos.

—¿Cuánto es? —dijo.

—Treinta y cinco euros.

—¿Seguramente prefiere usted efectivo?

—Oh, no importa —farfulló el vigilante.

Mamá tenía su aire de gran dama que desconcierta hasta a los mismos inspectores de Hacienda. En cuanto a mí, más bien parecía un gato al que acabaran de sacar de un pozo.

—Vamos a casa —dijo mamá.

Cuando estuvimos en casa, mamá examinó el perfume.

—Cielo de Tormenta —murmuró.

Y lo aspiró. Me miró con cierta brusquedad.

—¿Qué pensabas hacer con esto?

—Regalarlo.



—¿A quién?

—A ti.

—Que seas ladrón, pasa. Pero detesto que me digan mentiras.

Era penoso escuchar eso. Pero me lo tragué.

—Era para Martina María —rectifiqué—; estamos un poco...

enojados.

—¿No será una cierta Amandita?

—Amandita, o Perico de los Palotes, me tiene sin cuidado —dije

bruscamente.

Mamá cerró el frasco:

—Mira, Emiliano. Este perfume no es para una chica joven. Para

Martina María hace falta algo fresco, floral, que no deje una estela tras de sí.

Mamá colocó el frasco en una de las repisas.

—Cielo de Tormenta —dijo en tono concluyente— es para mí.

Se pasó la mano por la frente y luego tomó el teléfono. Marcó un número, dejó que sonara dos veces y me dio la bocina.

—¿Bueno? —dijo una voz fresca y floral por el teléfono.

—Eeh... ah, Martina María... eeh... buenos días... sí, soy Emiliano.

BABY-SITTER BLUES

Emiliano quiere una computadora nueva, pero con su mesada no lograría comprarla ni en mil años; así que siguiendo el consejo de su madre decide lanzarse de niñero y, aunque al principio tiene sus dudas, pronto se da cuenta de cuánto le gusta ese trabajo. Pero los estudios lo obligan a dejar su nuevo empleo y comenzar a dar clases de regularización. Entonces conoce a Amandita, quien pondrá en duda su conocimiento del corazón humano.

Marie-Aude Murail es una destacada autora francesa. Vive en París y se dedica, además de escribir, a contar cuentos. En esta colección ha publicado *Sui Mangá*, *Pelirrojoita*, *Chanyelin*, *Un domingo con los dinosaurios* y *Sin azúcar, gracias*.

Tania Janco nació en Praga, República Checa. Estudió en la Academia de Artes Plásticas de Praga y en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Su trabajo ha sido exhibido en muestras colectivas e individuales en varias ciudades del mundo y ha ganado reconocimientos por su trabajo como ilustradora.



A LA
ORILLA
DEL
VIENTO

126

Para los grandes lectores